



ANALES DE ANTROPOLOGÍA



Anales de Antropología 52-2 (2018): 71-93

www.revistas.unam.mx/index.php/antropologia

Artículo

Las nueve reencarnaciones de Matlatzinco. Comentarios acerca de la estructura del *altepetl* y un intento más de acomodar el rompecabezas terminológico matlatzinca

The nine reincarnations of Matlatzinco. Comments on the structure of the altepetl and the riddles of Matlatzinca-related terminology

Aleksander Borejsza*

Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, Av. Industrias 101A, Fracc. Talleres, San Luis Potosí, SLP, CP 78494, México

Recibido el 9 de octubre de 2017; aceptado el 19 de diciembre de 2017

Resumen

Mucho antes de que los etnógrafos, lingüistas, historiadores y arqueólogos los descubrieran como objeto de estudio, los matlatzincas del centro y occidente de México cargaban ya con el estigma de una cultura en vías de extinción, marginada o asimilada por vecinos más poderosos. El pasado más remoto de los hablantes del idioma matlatzinca se divisa con mucha dificultad a través de fuentes escritas en náhuatl o en español, o de exploraciones arqueológicas. Aunque existen ya varios trabajos académicos destacados sobre el tema, el grupo de investigadores que se acercan a lo matlatzinca –dentro de la misma generación y la misma disciplina– sigue siendo muy reducido. En consecuencia, los estudios matlatzincas pocas veces se benefician de un vigoroso debate público e interdisciplinario. El artículo de Nadine Béliand “El señorío matlatzinca: una manera de abordar el *altepetl*”, dado a conocer el 15 de noviembre 2016 en las páginas de la revista electrónica *Americae*, es sintomático de esta situación, ya que tropieza con el problema de la renuencia de la autora a situar sus argumentos en el marco de la historiografía existente del valle de Toluca, en particular la obra publicada de René García Castro. La tesis de una usurpación profunda e irreversible del poder señorial matlatzinca a raíz de las conquistas por parte de los imperios tenochca y español es exagerada y descansa en una serie de errores de apreciación menores, en cuanto a la identidad de ciertos lugares y personajes que pueblan las páginas de la historia política del valle de Toluca en los siglos xv y xvi. Mis desacuerdos con Béliand tienen raíces más profundas en la

Abstract

Long before ethnographers, linguists, historians, and archaeologists discovered them as a study subject, the Matlatzinca of central and western Mexico had already been stigmatized as a culture on the verge of extinction, marginalized or assimilated by more powerful neighbors. The more remote past of Matlatzinca speakers can be glimpsed only with difficulty through sources written in Nahuatl or Spanish, or through archaeological research. There are several distinguished works on the subject, but the number of researchers devoted to it – especially within the same generation and the same discipline – continues to be very limited. As a result, Matlatzinca studies have scarcely benefited from vigorous public and interdisciplinary debate. Nadine Béliand’s article “El señorío matlatzinca: una manera de abordar el *altepetl*,” posted in the electronic journal *Americae* on 15 November 2016 is symptomatic of this state of affairs. It suffers from the author’s unwillingness to frame her arguments with respect to the existing historiography of the Toluca Valley, in particular the published works of René García Castro. Postulating a profound and irreversible usurpation of the power of Matlatzinca lords in the wake of the conquests by the Aztec and Spanish Empires is an exaggeration based on a series of minor errors of judgment relating to the identity of certain places and characters that are in the foreground of the political history of the Toluca Valley in the 15th and 16th century. My disagreements with Béliand have deeper roots in the regional literature, but these have not been the subject of explicit debate. For this reason, I use the cri-

* Correo electrónico: borejsza@gmail.com

DOI: <http://dx.doi.org/10.22201/ia.24486221e.2018.2.64952>

0185-1225/© 2016 Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas. Éste es un artículo *Open Access* bajo la licencia CC-BY (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>).

literatura académica regional, pero éstas no han sido objeto de un debate explícito. Es por ello que aprovecho la crítica de este trabajo específico como un punto de partida para contrastar y enmendar algunas reconstrucciones previas de los patrones de asentamiento con base en fuentes documentales y arqueológicas, así como para proponer un delineamiento más puntual de las acepciones de las palabras *matlatzinca* y *Matlatzinco* tal como se refieren a personas, lugares o cosas.

Palabras clave: Calixtlahuaca; imperio azteca; nobleza indígena; patrones de asentamiento; Toluca.

Keywords: Aztec empire; Calixtlahuaca; Indian nobility; settlement patterns; Toluca.

Introducción

Quienes intentamos acercarnos al pasado prehispánico a través de las fuentes escritas olvidamos a menudo que carecemos, en la gran mayoría de los casos, de verdaderas fuentes primarias. La documentación de los siglos XVI y XVII —incluida la que fue redactada en idiomas americanos— es abundante, pero consiste casi siempre en recreaciones del mundo prehispánico desde la distancia de una o varias generaciones, apoyadas en los falibles recursos de la historia oral y la exégesis de fuentes pictóricas aún disponibles en la Colonia temprana. Quienes rememoraban sucesos anteriores a 1519 muy contadas veces los habían presenciado; aun cuando se trataba de testigos oculares, pocas veces fueron ellos quienes empuñaron la pluma. En consecuencia, la cantidad de espejos a través de los que buscamos un reflejo de aquel pasado, es mayor a lo que uno esperaría, al tratarse de una época quizá no tan remota. En este sentido, los siglos XIII a XV en el centro de México pertenecen a lo que en la tradición académica francesa se suele denominar “protohistoria”, es decir un periodo nebuloso al que hacen referencia fuentes un tanto indirectas, escritas por personas que no pertenecieron del todo a las épocas y las culturas en cuestión. La analogía obvia es con los autores de la antigüedad grecolatina quienes disertaban acerca del *barbaricum* y más de un cronista indiano se vio a sí mismo en este preciso papel.

Los espejos se multiplican en casos como el de los hablantes del idioma *matlatzinca*, quienes nunca llegaron a adoptar la escritura latina como un medio para asentar —en su propio idioma— actas administrativas o contratos civiles, eligiendo para tal fin el náhuatl o el castellano.¹ Otra agravante es que los hablantes de ese idioma habían sufrido varios reveses políticos en los cincuenta años inmediatamente anteriores a la llegada de los españoles y se encontraban en cierto retroceso demográfico ya desde antes de las epidemias, a causa del desplazamiento y asimilación por parte de la dominante cultura nahua, a causa de la migración hacia Michoacán, lejos de los que serían los centros del poder y de la producción historio-

gráfica novohispanos. Estos fenómenos están entre las causas de la confusión que reina en el ámbito académico en cuanto a todo lo *matlatzinca* y de su virtual ausencia del imaginario del público más amplio.

El artículo de Nadine Béliand “El señorío *matlatzinca*: una manera de abordar el *altepetl*” (2016), uno de los aportes más recientes al estudio de la cultura *matlatzinca*, tiene el mérito de estar basado en un trabajo de archivo que permitió a la autora recuperar un importante expediente procedente del Hospital de Jesús (AGN 1597). Este documento, ampliamente referido en su momento por Noemí Quezada (1996 [1972]), no es desconocido entre los estudiosos del valle de Toluca, pero ha caído un tanto en el olvido, sobre todo frente a otros dos legajos más amplios que abarcan la misma temática (AGN 1548-1582; AGI 1543-1639). Los tres comparten un parecido trasfondo legal, ya que oponían los intereses, por una parte del Real Fisco y los pueblos de etnia nahua, y por la otra, de los Marqueses del Valle (Hernán Cortés y sus herederos) y los pueblos de etnia *matlatzinca*. En vista de esta curiosa alineación de intereses, nos podríamos referir a este grupo documental como los pleitos nahua-*matlatzincas* o fisco-marquesanos. A los tres legajos mencionados habría que agregar los papeles relativos a la visita del oidor Villavicencio (AGN 1618-1636, 1635, 1636). Todo este grupo documental ha sido trabajado y en parte transcrito por Hernández Rodríguez (2009 [1954], 1997), Romero Quiroz (1963, 1973), Quezada (1996), Reyes García (1980), Wood (1984), Mene-gus Bornemann (1994), Béliand (1998), García Castro (1999, 2000, 2001, 2006) y Zamudio Espinosa (2000), entre otros.² A partir de su lectura de los documentos, Béliand presenta una serie de interpretaciones acerca de la estructura del *altepetl* de *Matlatzinco* y la decadencia política de la nobleza *matlatzinca* a raíz de las conquistas imperiales tenochca y española. Cabe señalar que las interpretaciones en cuestión son resultado de un trabajo de archivo mucho más amplio y de reflexiones de largo aliento que la autora ha desarrollado a partir de su extensa tesis de doctorado (Béliand 1998).

¹ Me pregunto, por ejemplo, si acaso algunos de los testamentos analizados por Béliand (1997) y Pizzigoni (2007, 2012) no fueron elaborados a nombre de personas cuyo primer idioma era el *matlatzinca*.

² Para elaborar este trabajo me apoyé en las transcripciones y fotografías de los originales que han sido publicadas y que me proporcionaron García Castro y Béliand (véanse los agradecimientos), así como en mis propias revisiones de algunos originales en el AGN.

El motivo inmediato de lo que expongo a continuación es apuntar una serie de divergencias que separan el trabajo de Béliand tanto de las interpretaciones de otros estudiosos de lo matlatzinca, como de mis propias valoraciones, desarrolladas a partir de la lectura de fuentes primarias y secundarias, así como de investigaciones de campo arqueológicas. Las divergencias van desde la identificación de algunos nombres de lugar, personajes históricos y la ubicación cronológica de algunos sucesos, hasta una visión de conjunto de lo que fue la cultura matlatzinca entre los siglos XII y XVI. Al tener el trabajo de Béliand una sólida raíz documental, la crítica que emprendo no sigue el derrotero común del “regreso al archivo”. Mis señalamientos se dirigen más bien hacia la renuencia de la autora a situar su argumentación dentro del contexto de la bastante amplia historiografía moderna del tema. El gran ausente entre las fuentes secundarias de Béliand es el libro *Indios, territorio y poder en la provincia matlatzinca: la negociación del espacio político de los pueblos otomianos, siglos XV-XVII* de René García Castro (1999). La ausencia es aún más curiosa si tomamos en cuenta que las preguntas que se plantea Béliand acerca de las transformaciones en el ejercicio político del señorío indio son precisamente uno de los hilos conductores del libro de García Castro.

Deseo, sin embargo, ir más allá de una crítica al artículo de Béliand. Algunas de las interpretaciones que cuestiono tienen un pedigrí bastante largo en la literatura académica regional, al grado de haber sido asimiladas por la literatura de divulgación. Al señalar que son interpretaciones discutibles, pretendo por lo tanto fomentar la discusión pública entre un grupo de investigadores más amplio. En particular, pongo sobre la mesa la posibilidad de que Matlatzinco haya sido un *altepetl* compuesto, que haya sobrevivido como tal hasta los traslados masivos de población iniciados alrededor de 1530, y que sus dos parcialidades más importantes se puedan identificar con dos sitios arqueológicos excavados en años recientes. Esto me permite, a la vez, esbozar los alcances y limitaciones que tienen los datos históricos y arqueológicos en la reconstrucción de los patrones de asentamiento en los alrededores de la actual ciudad de Toluca (figura 1).

En cualquier intento de diálogo interdisciplinario, uno de los primeros escollos es la ausencia de un vocabulario común. En el caso que aquí nos ocupa, la palabra “matlatzinca” es quizá la más problemática, debido a los múltiples referentes que ha recogido a lo largo de por lo menos ocho siglos, tanto en el habla de los diferentes idiomas que han coexistido en ese lapso en el centro de México como en la literatura académica en español, inglés y francés.

Este artículo me parece, por lo tanto, una buena oportunidad para empezar a sintetizar y sistematizar los diferentes usos del adjetivo o gentilicio “matlatzinca”, y por extensión del sustantivo o topónimo “matlatzinco”. He contado en total nueve referentes posibles (cuadro 1); sólo en un caso considero que se trata de un uso erróneo. No es mi intención hacer aquí un extenso recuento eti-

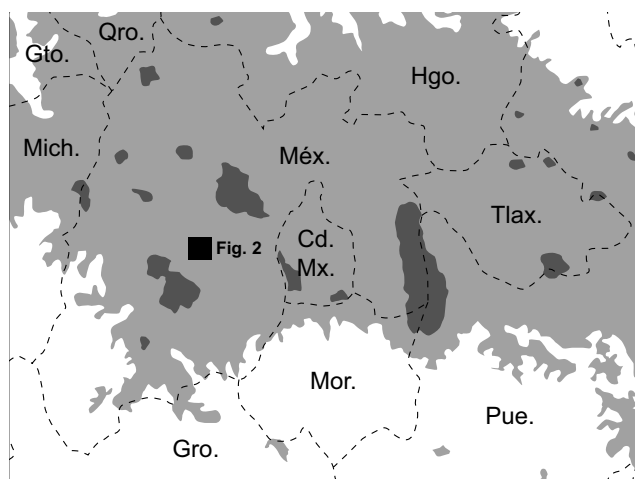


Figura 1. Ubicación del área de estudio en el centro de México.

mológico y bibliográfico, ni imponer a nadie tal o cual definición, sino alentar que puntalicemos a la hora de decir “matlatzinca” en cuál de sus múltiples acepciones usamos este término de pesada carga historiográfica. En donde el contexto del artículo pueda dejar lugar a dudas, uso números entre corchetes para referirme a las diferentes entradas del cuadro 1.

¿Señorío único, doble o triple?

El señorío o *altepetl* es el nivel de organización que aparece de manera más clara y consistente en las reconstrucciones de la estructura política y territorial de los pueblos nahuas y otomangues del centro de México entre los siglos XII y XVI (Lockhart 1992; Fernández y García 2006; Smith 2008). Se trata de entidades que agrupaban, por lo general, a decenas de miles de personas (a menudo de diferentes etnias) en territorios del orden de decenas o cientos de kilómetros cuadrados, bajo el mando de un gobernante dinástico. El gobernante y una proporción importante de la población residían en la capital epónima del *altepetl*, que eclipsaba en tamaño e importancia a cualquier otro asentamiento en su territorio.

Al parecer, fue muy común la existencia de *altepetl* “complejos” o compuestos que unían de dos a siete *altepetl* simples, cada uno con su propio gobernante (Lockhart 1992: 20-28). La distinción que hacía el náhuatl entre los dos niveles de organización no es ni clara ni consistente. Chimalpahin habla de *tlayacatl* o *altepetl*; *tlayacatl* cuando quiere distinguir los *altepetl* simples de Amecameca (Schroeder 1991: 131-136, cuadro 21). En otras partes, parece que se anexaban ciertos sufijos a los topónimos, se “inflaban” los términos *teccalli* o *calpolli* para designar algo más parecido en tamaño y funciones a un *altepetl* simple, o bien se aplicaba el término *altepetl* en ambos niveles de organización (Reyes 1977: 81-113; Hicks 1982: 237). La traducción al español del siglo XVI fue más consistente, aplicándose por general el término

Cuadro 1. *El adjetivo o gentilicio matlatzinca se puede referir a lo...*

{I} Relativo al asentamiento capital de Matlatzinco, fundado en el siglo XII y abandonado ca. 1530. Sus ruinas se encuentran en el Cerro Tenismo y sus alrededores, entre los pueblos actuales de San Francisco Calixtlahuaca y San Marcos Yachihualtepec, abarcando una extensión de 264 ha, superior a las 120 ha de la poligonal de la zona arqueológica de Calixtlahuaca. En náhuatl, el nombre de Matlatzinco fue sustituido por el de Calixtlahuaca en algún momento entre 1470 y 1530. En el idioma matlatzinca {sentido VII} el asentamiento fue conocido como Pintanbati.

Criterio preponderante: arqueológico

Paráfrasis: de la cabecera de Matlatzinco, de Pintanbati, de Calixtlahuaca, del Cerro Tenismo

{II} Relativo al *altepetl* simple o señorío prehispánico de Matlatzinco, del que Matlatzinco {I} era la capital. Probablemente a este *altepetl* pertenecían también los barrios o *calpolli* que en la Colonia temprana se identificaban con los nombres de Tepetitc, Tlaxomulco, Tlahuililpan, Ayacac y Cuetlaxtipac. Tecaxic pudo haber sido uno de estos barrios, o bien un *altepetl* aparte. No queda claro si al *altepetl* de Matlatzinco pertenecían también barrios más al este de Tlaxomulco; si fue así, perdió mucho de su control de aquéllos a raíz de la conquista tenochca. Este *altepetl* fue, por lo menos hasta 1474, la parcialidad más importante del *altepetl* compuesto de Matlatzinco {III}.

Criterio preponderante: histórico

Paráfrasis: de la parcialidad de Matlatzinco, de la vertiente norte de la serranía de los Chimal

{III} Relativo al *altepetl* compuesto de Matlatzinco-Tollocan o Matlatzinco-Tollocan-Tecaxic. Se trata de la entidad política más importante del valle de Toluca hasta 1474, que abarcaba –aparte de las dos o tres cabeceras mencionadas– una serie de barrios o *calpolli* más pequeños distribuidos en ambas vertientes de la serranía de los Chimal. No queda claro en qué momentos y hasta qué grado esta entidad política dominó también los *altepetl* vecinos como Tzinacantepec, Metepec o Callimayan, o más lejanos como Xiquipilco, Teotenanco o Tenantzinco. Parece casi seguro que, ya desde antes de la conquista tenochca, este *altepetl* compuesto tenía súbditos de diferentes etnias, incluyendo a matlatzincas {VIII}, otomíes, nahuas y quizá mazahuas.

Criterio preponderante: histórico

Paráfrasis: de Matlatzinco-Tollocan, de la serranía de los Chimal, del centro del valle de Toluca

{IV} Relativo al valle de Matlatzinco, conocido en el periodo colonial también como el valle de Matalcingo, hoy valle de Toluca. Se trata en buena medida de la cuenca hidrográfica del curso alto del río Lerma.

Criterio preponderante: geográfico

Paráfrasis: del valle de Toluca, del Alto Lerma

{V} Relativo al pueblo de Charo Matlatzinco u otros pueblos cercanos en Michoacán, poblados por gente que emigró de Matlatzinco {I a IV}. La oleada migratoria más fuerte parece haber sido la de los refugiados de las conquistas tenochcas de los años 1470 y 1480. Sin embargo, los emperadores tarascos habían alentado la inmigración matlatzinca desde una época más temprana. La palabra tarasca para matlatzinca {V y quizá VII-VIII} es *pirinda*.

Criterios mixtos

Paráfrasis: de Charo o pueblos cercanos, de la diáspora matlatzinca en Michoacán

{VI} Relativo a la cabecera o *altepetl* prehispánico de Tollocan o la villa colonial de Toluca. Se trata del único uso que es evidentemente erróneo. Sin embargo, muchas fuentes redactadas durante el periodo colonial, sobre todo aquéllas que proceden de fuera del valle de Toluca, parecen usar Matlatzinco {sobre todo II a IV} y Tollocan de forma intercambiable. Afortunadamente la sustitución de Tollocan en vez de Matlatzinco parece ser mucho más común que de Matlatzinco en vez de Tollocan. La villa colonial de Toluca tenía barrios designados como matlatzincas, porque sus habitantes hablaban matlatzinca {VII}, pertenecían a la etnia matlatzinca {VIII} o vinieron de Matlatzinco {I-II}.

Criterios confusos: uso erróneo

Paráfrasis: de Tollocan, toluqueño

{VII} Relativo al idioma matlatzinca, miembro de la subfamilia otomiana de la familia otopame del *filum* otomangue. Su centro de origen y de distribución fue el valle de Toluca o Matlatzinco {IV}, pero el idioma permaneció en uso por más tiempo entre la diáspora de Matlatzinco {V} en Michoacán y en algunos otros pueblos fuera del valle de Toluca. La paradoja es que nuestro conocimiento del idioma se basa casi exclusivamente en vocabularios recolectados entre esa diáspora, a partir del siglo XVII. Los matlatzincas se autodenominaban en ese idioma como *nentambati* o *nepinthathuhui*, en el sentido de {V} y quizá {III-IV, VII-VIII}.

Criterio preponderante: lingüístico

Paráfrasis: otomiano del sur

{VIII} Relativo a la etnia matlatzinca. Éste es el uso más ambiguo, pues la identidad étnica es una amalgama del idioma hablado {VII}, el lugar de residencia {I a VI}, la lealtad a un señor matlatzinca o memorias históricas compartidas. En los periodos prehispánico y colonial muchos señores matlatzincas sin duda hablaban náhuatl, la *lingua franca* y el idioma de las élites de todo el centro de México. A partir del siglo XVIII probablemente había gente que ya no hablaba matlatzinca {VII}, pero se consideraba a sí misma matlatzinca {VIII} (piénsese en los irlandeses actuales). Fray Bernardino de Sahagún da *cuatatl* como sinónimo de *matlatzincatl*, quizá en el sentido étnico.

Criterio preponderante: etnológico

Paráfrasis: de la gente de la red u honda; de la gente de la tierra del maíz

{IX} Relativo a la cultura arqueológica matlatzinca. Éste es el único sentido que no puede ser usado como gentilicio, siendo una cultura arqueológica un conjunto de artefactos que comparten ciertos rasgos y una distribución acotada en el tiempo y el espacio. En este sentido, ha sido aplicado hasta ahora a ciertas vajillas cerámicas y a un estilo iconográfico, comunes en el Posclásico medio y tardío de las partes centro y sur del valle de Toluca. Es muy poco probable que su distribución corresponda bien a cualquiera de los sentidos {I a VIII}.

Criterio preponderante: arqueológico

Paráfrasis: del Posclásico medio y tardío y del centro-sur del valle de Toluca

“parcialidad” para designar los componentes más grandes de un *altepetl* compuesto. En algunos casos, sobre todo en la periferia del mundo nahua, los hablantes del náhuatl, pinome u otomí se asociaban de manera preferente con una u otra parcialidad (Reyes 1977; López 2009: 23).

Hay que distinguir (como lo hace Schroeder) entre los *altepetl* compuestos duraderos, unidos por lazos sanguíneos de varias generaciones entre los gobernantes y por la contigüidad o incluso el entreveramiento territorial, y las confederaciones o alianzas militares más amplias y más efímeras de varios *altepetl*. Amecameca con sus cinco subdivisiones pertenecería a la primera categoría, Amecameca y los otros tres *altepetl* chalcas a la segunda. Llama la atención que en muchos casos (Amecameca, Cuauh-tinchan, Texcoco), quienes han trabajado con la documentación histórica, enfatizan lo difícil de señalar en un mapa qué tierras pertenecían a qué parcialidad o incluso dudan que éstas hayan tenido una expresión territorial nítida y estable. Por tratarse de un asunto crítico para cualquier comparación con datos arqueológicos, lo vuelvo a abordar después de analizar el caso de Matlatzinco.

Al presentar esta entidad política, Béliand se apoya en los conocidos pasajes colocados de manera un tanto incongruente al final de la *Breve y sumaria relación* de Alonso de Zorita; para ensalzarlo como una fuente fidedigna, subraya su calidad de jurista y larga carrera en las Indias. Hay que recordar que las opiniones de los historiadores acerca de la fiabilidad de Zorita son muy divididas y que en el otro extremo hay quienes lo tachan de burócrata con intelecto mediocre y desentonado del mundo que lo rodeaba (Baudot 1977; Vázquez 1992).³ Lo más grave, sin embargo, es que Béliand (2016: 16) pone en su boca afirmaciones que no aparecen en ninguna de sus obras: “Alonso de Zorita describió la estructura política del valle de Matlatzinco inspirándose del modelo de la Triple Alianza; por lo tanto señaló que el valle estaba dividido en tres señoríos en torno a tres ciudades: Tollo-can, Teotenango (Tenango del Valle) y Tenancingo”. Lo único que dice Zorita es:

Los matlatzincos antes de que les diera guerra su padre de motençuma que se llamaba axayacatzin tenían tres señores vno mayor y otro segundo y algo menor y otro tercero menor que los dos [...] Estos señores tenían señalados sus pueblos y barrios qu[e] ellos llamaban calpules y acudían con sus serbiçios a su señor conoçido y este tenía en cada pueblo o calpul vn prinçipal por governador perpetuo (Ahrndt 2001: f. 118r).

Ni en este pasaje ni en ningún otro identifica los dominios de cada uno de los señores con algún topónimo

en particular. Toluca aparece en otros contextos (Ahrndt 2001: fs. 118v, 121v, 122r), Teotenango y Tenancingo ni siquiera se mencionan.

En realidad, esa triple ecuación es resultado de un cúmulo de malentendidos entre autores del siglo xx. En su origen está el intento de empalmar a los tres señores de Zorita con los tres gobernantes de tres entidades políticas importantes del valle de Toluca que se mencionan (entre otras) en las crónicas de Durán (1967: 267-74, 306-7, 335) y Tezozomoc (1987: 402-5, 411-12, 419-24): Toluca, Matlatzinco y Tenancingo.⁴ Cabe recalcar que ambas crónicas –derivadas en última instancia de la misma fuente putativa que Barlow (1945) bautizó como la Crónica X– señalan de manera bastante explícita un vínculo político entre Matlatzinco y Toluca, no así uno con Tenancingo. Como actualmente no existe en el valle de Toluca ningún asentamiento que se llame Matlatzinco y como desde la década de 1930 el arqueólogo José García Payón propugnaba su identificación con Teotenango, algunos historiadores (Herrejón 1985: 41; Menegus 1994: 37) empezaron a proponer la triada de Toluca, Teotenango y Tenancingo como los lugares de residencia de los tres señores de Zorita. Es fácil entender por qué la opinión de García Payón (1974: 193, 219-220) tenía tanto peso. Él mismo había excavado y restaurado las ruinas de Calixtlahuaca, por lo que pocos se atrevían a reconocer el error garrafal que cometió al considerar que éstas no eran Matlatzinco. La candidatura de Teotenango se puede descartar, entre otras razones, por la ausencia de una importante ocupación en el Posclásico tardío, lo cual señala más adelante la misma Béliand (2016: nota 6).⁵

Si estoy dispuesto a otorgar bastante crédito al pasaje de la *Breve y sumaria relación* es precisamente porque su autoría no pertenece del todo a Zorita. Llevando a un extremo una práctica común de su tiempo, Zorita recopilaba información de cuanta fuente sirviera a sus propósitos, sin molestarse mucho en indicar su procedencia.

⁴ Tezozomoc habla de “Matlatzinco, Toluca” o “Toluca, Matlatzinco” (ambos p. 419) o “Toluca Matlatzinco” (p. 424) en el mismo tenor que “México *Tenuchtitlan*” (p. 404) o “México, *Tenuchtitlan*” (p. 407). Estoy casi seguro de que las comas y las cursivas fueron agregadas por Orozco y Berra o alguno de los copistas del siglo xviii; el manuscrito original del siglo xvi no se conserva. Las posibles interpretaciones son que Tezozomoc usa Matlatzinco y Toluca como sinónimos, o como dos miembros de una entidad compuesta. Me inclino hacia la segunda interpretación al cotejarlo con Durán.

⁵ Menegus propone la misma triada –Toluca, Teotenango y Tenancingo– pero igualando Toluca y Matlatzinco. En esta versión, queda aun más incomprensible cómo la autora llega a la identificación de Teotenango; afirma, sin embargo, que Rosaura Hernández Rodríguez comparte su opinión, citando su tesis de maestría de 1954. En realidad, el pasaje que cita Menegus Bornemann (Hernández Rodríguez 1954: 36) ni se refiere a Teotenango ni hace alusión a Zorita. Lo único que dice es “Las crónicas de Durán y Tezozomoc nos dicen que Toluca, Matlatzinco y Tenancingo, provincias en que estaba dividida la región del valle de Toluca, estaban en disputas.” En la versión publicada de su tesis, Hernández Rodríguez (2009: 52) eliminó la frase “provincias en que estaba dividida la región del valle de Toluca”, reconociendo sin duda que había sobreinterpretado las crónicas. Los enredos alrededor de esta triple ecuación han sido (parcialmente) aclarados por Romero Quiroz (1963) y García Castro (1999: 55).

³ Véanse también las críticas que Hicks (1976: 67-8) y Lockhart (1992: 97, nota 106) hacen de Zorita alrededor del uso del término *mayerque*, que Béliand (2016: §4, §13) retoma sin mayor comentario.

De hecho, unas fojas más adelante del extracto citado, encontramos la siguiente interjección: “Otra vez dizen que [tachado] los q[ue] dieron esta rrelaçion que fue por mandado del birrei don antonio de mendoça por juez vn indio natural de tula que se llamaba pablo gonzalez” (Ahrndt 2001: f. 121v). Esto es lo más cercano a una cita bibliográfica que podemos esperar encontrar en un manuscrito del siglo XVI. Efectivamente, como lo demostró Luis Reyes García (1980), es casi seguro que Zorita copió de las diligencias –hoy perdidas, con excepción de unos cuantos fragmentos– que González llevó a cabo en Toluca entre 1547 y 1551, confirmando de manera extensa con representantes nahuas y matlatzincas, quienes al parecer le presentaron algún tipo de mapas o catastros pictóricos de tradición o quizá incluso manufactura prehispánica. Zorita estuvo involucrado en el mismo pleito en una fecha posterior y seguramente tuvo acceso a los papeles reunidos por sus antecesores.⁶

Estamos entonces ante una situación en la que dos fuentes hoy ya indisponibles pero “reconstituídas” por la historiografía –la *Crónica X* y las diligencias de Pablo González– ambas de autores indígenas y de fechas muy tempranas, presentan la principal entidad política matlatzinca como un ente bi o tripartita, respectivamente. A estas dos referencias, García Castro (1999: 56) agrega una tercera proveniente de un testimonio más tardío de AGN (1548-1582) en la que dos testigos indios hablan de tres señores supremos, ubicándolos en Calixtlahuaca. A diferencia de Béliand, no creo que se trate de una trasposición que haya hecho Zorita del modelo de la Triple Alianza, es decir, de una confederación regional, sino de muy sugerentes indicios de la existencia de un *altepetl* compuesto. De allí que considero que debemos buscar la identificación de Matlatzinco {II}, Tollocan y quizá una tercera entidad, con asentamientos distintos aunque geográficamente cercanos, contemporáneos y precortesianos.

Para no crear un *suspense* artificial, enuncié aquí de manera anticipada las ecuaciones que considero las más acertadas (figura 2, cuadro 2). Igualo la cabecera de Matlatzinco con el sitio arqueológico en las afueras del pueblo actual de San Francisco Calixtlahuaca, en las faldas y alrededores del cerro Tenismo y la cabecera de Tollocan con el sitio cuyo centro cívico-ceremonial se encuentra en el cerro Toloche. Como una hipótesis muy tentativa, propongo ubicar la tercera parcialidad en Tecaxic. No percibo en estas ecuaciones ninguna contradicción fuerte

con la exposición de Béliand, pero parece ser distinta mi percepción de la manera en la que se articulaba el señorío y de cómo se transformó con las conquistas tenochca y española. Discrepo, en particular, de dos tesis suyas: que “podemos afirmar que Tollocan no ha sido cabecera de un *altepetl*” y que “en su (escasa) burocracia los mexicas no integraron linajes nobles nacidos del aparato señorial matlatzinca” (Béliand 2016: 65). Creo que, al contrario, lo que pasó en Tollocan entre 1488 y 1521 es el mejor ejemplo de tal integración.

La identificación de Matlatzinco {I} con Calixtlahuaca es la que menos controversias debe suscitar hoy en día, ya que fue argumentada de manera extensa por Tomaszewski y Smith (2011).⁷ No voy a resumir aquí sus argumentos; me limito a recordar que los de más peso son los que descansan en la información arqueológica, en una incisiva crítica de fuentes de naturaleza “proto-histórica” procedentes de la cuenca de México, y en los testimonios del AGN (1548-1582) y AGI (1543-1639); éstos se corroboran con los del AGN (1597) que presenta Béliand. Me parece interesante el análisis etimológico de Béliand, el cual apunta a que *Calixtlahuaca* y *Pintanbati* podrían ser traducciones imperfectas o calcas del mismo topónimo. Se trata de un caso frecuente en Mesoamérica, debido quizá a la “lectura” de los mismos glifos pictóricos en códices u otros soportes por hablantes de idiomas distintos. Quiero sugerir, sin embargo, otra pista posible: me llama la atención lo cercano de *Pintanbati* y *Nentambati*, este último es uno de los etnónimos de los matlatzincas que proporciona Basalenque (1975: 1). Carezco de conocimientos lingüísticos de los idiomas otomianos que me permitan afirmar la existencia de un verdadero parentesco entre las dos palabras, pero se podría formular la hipótesis de una relación de Matlatzinco y Pintanbati, no porque sean calcas, sino sinónimos (en dos idiomas distintos) relacionados en ambos casos con el nombre de la etnia matlatzinca. Me parece, por otra parte, que no hay nada en los pleitos fisco-marquesanos que indique cuál topónimo –el nahua o el matlatzinca– es el original y cuál una traducción. En otras palabras, no veo razones para descartar de antemano la posibilidad de que testigos como los que cita Béliand (2016, nota 25) estén traduciendo “Calixtlahuaca” al matlatzinca, en vez de realmente conservar una memoria de cómo gente de habla matlatzinca se refería a ese asentamiento. Además, cabe preguntarnos si, en vista de la sustitución de “Matlatzinco” por “Calixtlahuaca” en náhuatl, no ocurrió un cambio paralelo en matlatzinca.

⁶ Los fragmentos en cuestión forman parte de AGN (1548-1582, cuad. 2). En el cuaderno 3 del mismo expediente aparece la firma de Zorita, quien no llegó a México hasta 1556 (Vázquez 1992: 11). Esta procedencia del fragmento matlatzinca de la *Breve y sumaria relación* explicaría también por qué no aparece en la más extensa *Relación de las cosas notables de la Nueva España* que Zorita siguió puliendo por muchos años después de su regreso a España: véase la comparación de ambas obras que hace Ahrndt (2001). Al ser los papeles de Pablo González una fuente de naturaleza judicial, Zorita no podía solicitar una copia de ellos a los contactos franciscanos que conservaba en México con la misma facilidad que las que eran de la autoría de religiosos.

⁷ El primero en insistir en ella había sido Javier Romero Quiroz (1963); sé que sus verborreas de erudición descontrolada hacen poco grata, para los historiadores o arqueólogos profesionales, la lectura de sus extensas obras, pero creo que se merece el reconocimiento de haber sido el primero en formular la ecuación, aun cuando varias de sus pruebas (sobre todo las etimológicas) sean de dudosa validez.

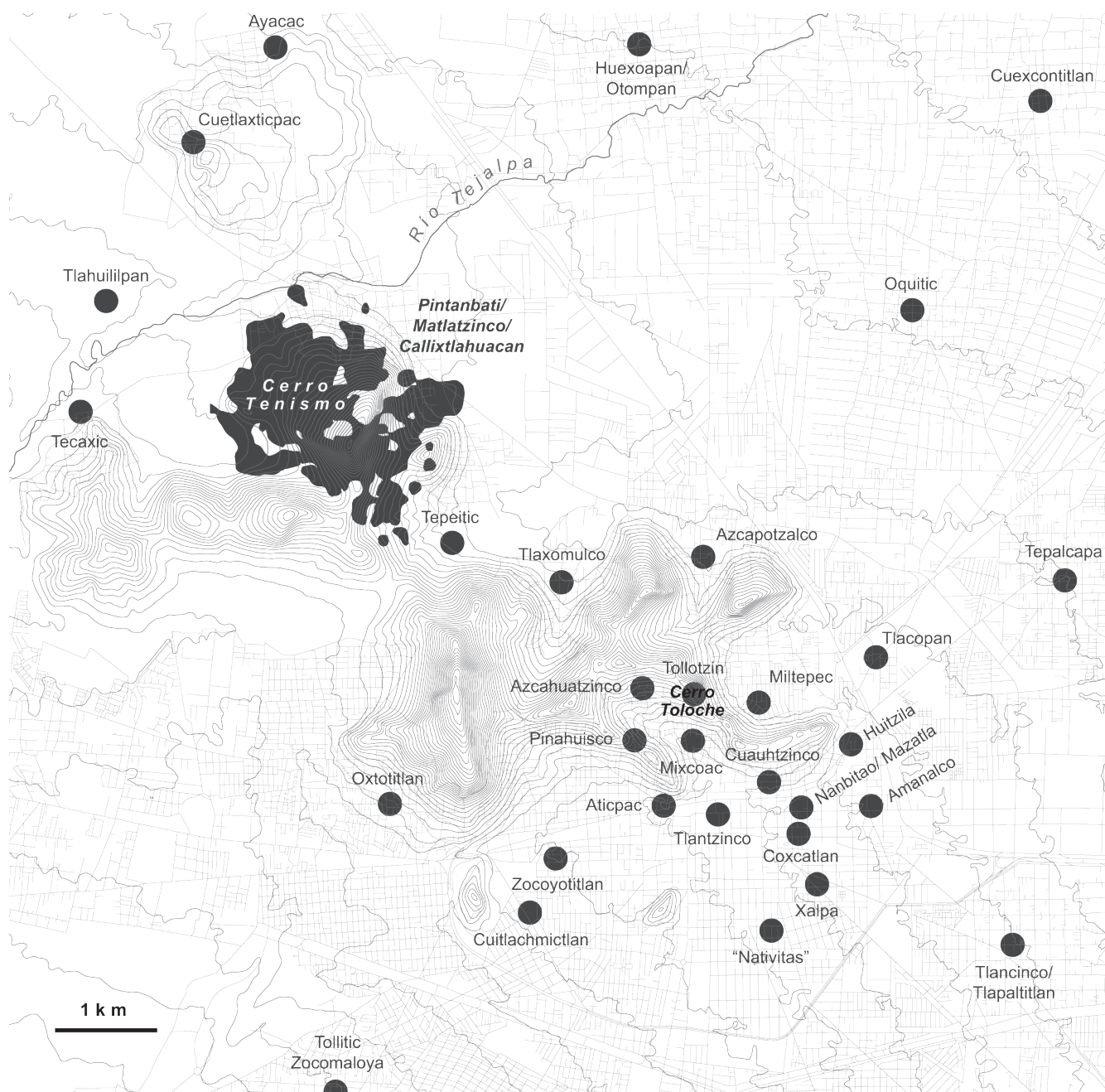


Figura 2. Ubicación de barrios o calpolli mencionados en documentos anteriores a 1636 y la extensión del sitio arqueológico de Matlatzinco (fuentes y proceso de elaboración en cuadro 2).

Las desdichas de Chimaltecuhtli y su estirpe

Conviene buscar más piezas del rompecabezas en los escuetos y contradictorios fragmentos que se refieren a la vida y el parentesco de los pocos gobernantes matlatzincas que conocemos por sus nombres. Casi todas las referencias aparecen en el contexto de las sucesivas conquistas del valle de Toluca, la tenochca o la española. Béliand (2016: 34) atribuye a Michael Smith la idea de una asociación entre los nombres que integran la palabra nahua *chimalli* y el sitio arqueológico de Calixtlahuaca. Se trata en realidad de una palabra que se integra a los nombres de linajes gobernantes de habla o de etnia

matlatzinca en un territorio más amplio (García 1999: 56, 407-21).⁸ En vista de las similitudes entre estos nombres y de las deformaciones que se daban a causa de la afición del idioma náhuatl por los diminutivos o aumentativos reverenciales, no parece descabellado

⁸ A la luz de las observaciones tanto de García Castro como de Smith, resulta apropiado referirse a la cresta montañosa que divide Matlatzinco-Calixtlahuaca de Toluca con el nombre de la serranía de los Chimal, tal como propone bautizarla el primero (García 1999: 56, nota 47). Acepto esta propuesta por tratarse de un nombre con raíces históricas más profundas que "Parque sierra Morelos" y, al mismo tiempo, uno que evita la necesidad de nombrar las montañas por asociación con una u otra cabecera, como en "sierrita de Toluca" o "serranía Matlatzinca".

pensar que tanto los autores de los anales y las crónicas escritos en la cuenca de México, como los testigos de los pleitos fisco-marquesanos, confundían a veces a personajes distintos, sea por la distancia geográfica o por la distancia en el tiempo. Si además ponderamos que los personajes en cuestión quizá respondieron en vida a nombres en idioma matlatzinca y que los nombres nahuas que llegaron a nosotros pudieron haber sido calcas o traducciones de sus nombres matlatzincas, o bien segundos nombres, apodos o títulos honoríficos nahuas, la confusión parece casi inevitable.

Veamos algunos ejemplos. Según Zorita el “señor principal” se llamaba “por su nombre propio *chimaltecutli* y *tlatuane* por la dignidad y señorío supremo”; no proporciona los nombres de los dos señores menores (Ahrndt 2001: f. 120r). Tezozomoc (1987: 402, 405, 420) habla de “el principal de Matlatzinco Chimaltecutli”, llamándolo también “rey de Matlatzinco” y “señor de los matlatzincas”, sin nombrar nunca a un gobernante distinto de Toluca. Durán (1967: 267) señala de manera explícita a dos gobernantes contemporáneos: al de la “parcialidad matlatzinca” lo llama Chalchihquiah o Chimaltzin, al de la “parcialidad de Toluca”, Chimaltecutli. García Castro (1999: 88, nota 116) sugiere que *Chalchihquiah* es un título o rango militar más que un nombre propio. Los testigos de los pleitos fisco-marquesanos señalan de manera intercambiable a un *Chimalteutli*, *Chimaltzin*, *Cipac Chimal* o *Chimal* como el gobernante supremo del valle. Un pasaje del AGN (1597: f. 37r) explica que Chimalteutli y Chimaltzin fueron la misma persona. Sin embargo, el mencionado pasaje del AGN (1548-1582) nombra a tres señores distintos: Cipac Chimal, ca-Chimalteutli y ca-Chimaltzin (García 1999: 56). En cambio, dos testigos de AGI (1543-1639: fs. 347v, 1453v) mencionan a Chimaltecutli o Chimaltecatl que “fue señor de esta dicha villa de Toluca”, situando su muerte, “siendo muy viejo”, en los años 1510. Lo que es fundamental para mi argumentación es que ambos testigos: 1) conocen y usan los tres nombres de asentamientos: Toluca, Matlatzinco y Calixtlahuaca; 2) explican que el tercero llegó a suplantar el segundo y 3) usan el primero y segundo para hablar de tiempos prehispánicos. En otras palabras, les queda claro que la Toluca prehispánica es distinta del Matlatzinco {II} prehispánico.

Escojamos, en sintonía con la mayor parte de la historiografía moderna, el nombre de Chimaltecutli para seguir los pasos de quien fuera el gobernante del asentamiento llamado Matlatzinco y figura política más importante del valle en 1474, fecha aproximada de la primera invasión tenochca liderada por Axayácatl. Se trata, a todas luces, de una figura digna de una tragedia griega.⁹ Fue el único de los tres señores en no ser ajusticiado a raíz de la derrota (Ahrndt 2001: fs. 119v, 120r). Las hostilidades entre los tenochcas y los habitantes del valle de Toluca se alargaron hasta la década de 1480 y puede

ser que en algún momento de ellas Chimaltecutli haya optado por esconderse en los montes aledaños, pero los pasajes citados de Durán, Tezozomoc y Zorita coinciden en que terminó sometido al yugo imperial. Creo que Béliand está equivocada al afirmar que estuvo entre quienes huyeron hacia Michoacán. Sospecho que en esta apreciación confluyeron los comentarios —llenos de desprecio— de los testigos de AGN (1597), en el sentido de que Chimaltecutli huyó y dejó “desamparado” el valle de Matlatzinco, con el hecho de que muchos de sus habitantes efectivamente emigraron hacia los dominios tarascos (Quezada 1996, 1998). La oleada migratoria más grande se habría dado, según Herrejón Peredo (1978), a causa de una segunda invasión tenochca, necesaria para sofocar las rebeliones de varios *altepetl* del valle de Toluca, tarea que tomó varios años. Para estas fechas, que dependiendo de la fuente y del *altepetl*, varían entre 1478 y 1488, Chimaltecutli aparece ya del lado de los invasores.

Todo lo anterior sugiere que, a raíz de la invasión inicial, el destino había arrojado a Chimaltecutli en dirección opuesta a Michoacán. Me parece acertada la reconstrucción de García Castro (1999: 87-8), según la cual fue llevado en calidad de rehén distinguido a la corte imperial tenochca, suceso que Chimalpahin (1998: tomo I: 275, 405, tomo II: 119) ubica en 1484, al mismo tiempo que la rebelión matlatzinca que desembocó en una emigración masiva hacia Michoacán. Es posible que durante esos cuatro años, o después, Chimaltecutli haya sido mandado por sus nuevos amos a Chalco-Ameameca, quizá para probar su lealtad. García Payón (1974: 195, nota 1, 206) alude a esa estancia, pero no he podido ubicar la fuente en la que se basa. La prueba más humillante, sin embargo, sobrevino cerca de 1488, cuando los gobernantes tenochcas lo mandaron de vuelta a Matlatzinco para reconquistar su propio terruño y, en sentido literal o figurativo, quemar su templo. Si esta entrada de los anales fue redactada a partir de la exégesis de un código pictórico, se puede tratar simplemente de una lectura demasiado literal de la convención que representaba la conquista de un *altepetl* con un templo en llamas. Cabe señalar que los pasajes precisos de Chimalpahin que mencionan este suceso han sufrido graves errores de traducción, lo que posiblemente ha impedido, hasta hace poco, dimensionar su importancia.¹⁰

¹⁰ Dos versiones del texto original en náhuatl, en la edición de Rafael Tena (Chimalpahin 1998) dicen:

Tecpatl xihuitl, 1484. Nican ypan in temictique yn matlatzinca, quinmictique yn mexicana yn calpixque yhuau cihuatequitque ypampa yn tlacallaquilli. Auh yquac nican hualcallac yn Chimalteuhctli tlahtohuan Callixtlahuacan, nauhuictico yn Mexico; auh çano yehuatl oquihuaque yn onocacito yn imaltepeuh, quin yehuatl quitlequechito yn inteocal catca yn callixtlahuaque.” (tomo I: 274) y “VTecpatl xihuitl, 1484 años. Ypan in yhuac nican hualcallac yn itoca Chimalteuhctli tlahtohuan Callixtlahuacan, nauhuictico yn Mexico; auh çano yehuatl oquihuaque yn Mexico Tenuchtitlan tlahoque yn onocacito yn imaltepeuh, quin yehuatl quitlequechito yn inteocal catca callixtlahuaque.” (tomo II:

⁹ El potencial literario del personaje no se escapó al autor de un cuento inspirado en conversaciones con García Payón (Carlock 1951).

García Castro (1999: 87-88) emite la hipótesis de que la recompensa de Chimaltecuhtli pudo haber sido el matrimonio con una de las hijas de Axayácatl. Si todo este historial de traiciones es cierto, podemos imaginar que le habría resultado incómodo volver a residir entre sus súbditos inmediatos en la antigua cabecera de Matlatzinco. Creo que la solución política que se encontró a este problema fue dejar Matlatzinco {I} y otros asentamientos del lado norte de la serranía de los Chimal en manos de un gobernante dinástico o funcionario tenochca, al mismo tiempo que Chimaltecuhtli se trasladaba a Tollocan, desde donde asumía el control de asentamientos menores del lado sur de la serranía. Es así como el señor de Matlatzinco {II} cambió de residencia y se convirtió en el señor de Toluca, donde vivió sus últimos días en los años 1510 (AGI 1543-1639: fs. 347v, 1453v). No es extraño que a partir de la segunda mitad del siglo XVI, testigos e historiadores confundieran su asociación con una o con la otra parcialidad. En este contexto, cabe recordar que la estrechez de los lazos sanguíneos entre los gobernantes de un *altepetl* compuesto hacía que la misma persona pudiera aspirar a gobernar diferentes *altepetl* simples, a veces en forma secuencial (Schroeder 1991: 207). El mencionado pasaje de Zorita (Ahrndt 2001: f. 118r) parece elevar tal posibilidad al nivel de una regla de sucesión dinástica. Todo ello pudo haber dado por lo menos una apariencia de legitimidad al reacomodo efectuado bajo tutela imperial. Aparte de los pasajes ya citados, esta reconstrucción encuentra cierto apoyo en la observación de Tomaszewski y Smith (2011), de que es en el contexto de la conquista tenochca cuando el topónimo Tollocan empieza a asumir un rango igual o superior al de Matlatzinco. Si el orden de precedencia entre ambos *altepetl* simples se había invertido, el traslado de Chimaltecuhtli a Tollocan

se podía concebir incluso como un ascenso a la dignidad de *tlatoani* supremo de Matlatzinco {III}.

Sigamos a la descendencia de Chimaltecuhtli: si éste murió en la década de 1510, su hijo Mazacoyotzin gobernó en Tollocan por un periodo muy breve, siendo reemplazado por Tochcoyotzin, nieto de Chimaltecuhtli, entre finales de 1519 y 1522 (compárese con las fechas que proporciona García 1999: 419). Los sucesos bélicos de la conquista española conspiraron una vez más para que la posterioridad confundiera a los personajes, esta vez a Mazacoyotzin con Tochcoyotzin. Bernal Díaz del Castillo (1976: 193, 202, 370, 556) habla de “un cacique muy grande, señor de Matalcingo” de cuyo nombre no se acuerda, pero a quien identifica como sobrino de Moctezuma, quien era hijo de Axayácatl. De allí la hipótesis genealógica de García Castro.

Se trataría, pues, de Mazacoyotzin, quien a finales de 1519 se encontraba en la cuenca de México, donde se muestra altanero y renuente a la hora de responder a los exhortos de Cacamatzin –señor de Texcoco– y los del mismo Moctezuma, alegando que él también tiene derecho de suceder al trono de Tenochtitlan, para finalmente ser apresado. En la última escena en la que vemos a Mazacoyotzin, Cortés intenta liberarlo, mientras que Moctezuma se pronuncia por encadenarlo con otros “reyezuelos”.¹¹ Durante el sitio de Tenochtitlan, en 1521, Matlatzinco finalmente empezó acciones bélicas en contra de los españoles y sus aliados, movilizando un socorro para Cuauhtémoc (Díaz del Castillo 1976: 361-362).

Evitarlo fue el propósito de la entrada de Gonzalo de Sandoval en el valle de Toluca a mediados de 1521. Bernal Díaz del Castillo afirma haber ido con Sandoval, pero decide no relatar los pormenores. Al ser la rendición de un gobernante matlatzinca el punto culminante de esta entrada, me llama la atención que Díaz de Castillo no se acuerde del nombre del sobrino de Moctezuma. Me sugiere que quien se rinde es Tochcoyotzin y no Mazacoyotzin, o porque el último está muerto o preso, o bien porque permanece en campaña en otro lugar. Si seguimos con cuidado la relación que ofrece de la entrada el mismo Cortés (1993: 402-6), veremos que Sandoval ataca en el transcurso de una tarde y a la mañana siguiente dos asentamientos distintos. En el primero, que Cortés llama Matalcingo, no hay mención de la presencia de un gobernante; los defensores se retiran ladera arriba de un “cerro muy grande”. En el segundo es donde tiene lugar la rendición de un “señor”. Me parece casi ineludible la conclusión de que el primer asentamiento es Matlatzinco {I} alias Calixtlahuaca y el segundo Tollocan. Quezada (1996: 74) se pronunciaba también por ubicar el ataque del primer día en Calixtlahuaca.

118), lo que Tena traduce como: “5 Técpatl, 1484. En este año los matlatzincas mataron a los calpixque mexicas y a las mujeres mandonas por causa del tributo. Entonces Chimalteuctli, tlatohuani de Calixtlahuacan, se sometió a México, donde estuvo [viviendo] cuatro años; luego lo mandaron a tomar su [propia] ciudad, y él prendió fuego al teocalli de los calixtlahuacas.” y “5 Técpatl, 1484. En este año Chimalteuctli, tlatohuani de Calixtlahuacan, se fue a vivir a Mexico, donde estuvo cuatro años; y los tlatoque de Mexico Tenochtitlan lo mandaron a tomar su [propia] ciudad, y él fue allá y le prendió fuego al teocalli de los calixtlahuacas.”

García Castro (1999: 62, nota 65) se apoya en las anteriores traducciones de Silvia Rendón (Chimalpahin 1965: 107, 217) que me parecen deficientes: “1484, año 5-Pedernal. Este año fueron muertos los matlatzincas que habían dado muerte a un calpixque [“mayordomo de barrio”] y a su mujer, mexicas ambos, que andaban señalando las obligaciones de trabajo de tributo y recogiendo los tributos en especie. También para entonces fue cuando vino el Señor Chimalteuhctli de Calixtlahuaca a pasarse sus cuatro años vecindado en México. Este mismo fue aquel que trajo a uno de su pueblo para ser degollado en el fuego sagrado del templo que tenían aquí los calixtlahuacas.” y “Año 5-Pedernal, 1484. En esta época llegó el nombrado Chimalteuhctli, que era Señor de Callixtlahuaca; vino a hacer sus cuatro años a México. Fueron los propios Señores de México quienes lo trajeran cuando tomaron posesión de su pueblo y fue él en persona quien prendió fuego al adoratorio que era de los callixtlahuacas.” Agradezco a Bradley Skopyk su lectura y sus sugerencias en torno a este pasaje.

¹¹ A diferencia de García Castro (1999: 87-88), no encuentro una prueba directa de que Mazacoyotzin haya muerto durante el sitio de Tenochtitlan. Díaz del Castillo (1976: 370, 556) habla de que estaba entre los siete reyes cuyas cabezas unidas por una cadena, Cortés tenía derecho de representar en su escudo de armas, pero sin afirmar que todos ellos hayan muerto en las mismas circunstancias.

Poco tiempo después, Cortés afianzó su alianza con Tochcoyotzin vistiéndolo a la usanza española, regalándole una espada y un caballo blanco, y bautizándolo con su propio nombre, de tal manera que el señor de Toluca se llamó en adelante don Hernando Cortés Tochcoyotzin, omitiéndose a veces su nombre precortesiano (García 1999: 112-113). Esta ceremonia marcó el inicio de la política consciente de las administraciones marquesanas de alentar y apoyar las reivindicaciones de los principales de la etnia matlatzinca. En este contexto ocurrió la quema de las trojes imperiales en distintas localidades y su reemplazo por una sola instalación en el “cerro de Toluca”, junto a la casa de Tochcoyotzin, quien de manera simbólica se sacudía —después de tres generaciones— la tutela tenochca. Los sucesos debieron, por lo tanto, ocurrir aún en los años 1520 y no en alguno de los dos momentos propuestos por Béliand.¹²

Frente a toda la concatenación de eventos que acabo de exponer, Béliand se pronuncia a favor de una reconstrucción según la cual la breve sumisión de Chimaltecuhtli a los tenochcas habría terminado con la segunda conquista del *altepetl* de Matlatzinco y el destierro del gobernante a Michoacán. En su opinión, a partir de ese momento los tenochcas pusieron a cargo de Matlatzinco a gobernadores sin mucha raigambre local, empezando por Tezuzicatzin, hermano de Axayácatl, y terminando por Mazacoyotzin, nombrado ya en tiempos de Moctezuma (Béliand 1998: 55-7, 125, 133; 2016: 28). Como ella misma lo asienta, Béliand sigue en este aspecto, una vez más, las interpretaciones de Menegus Bornemann (1994). Es precisamente la dualidad del señorío matlatzinca, la que nos permitiría despejar este desacuerdo: mi hipótesis es que el traslado de Chimaltecuhtli de Matlatzinco a Tollocan coincidió con el nombramiento de Tezuzicatzin como gobernador de Matlatzinco {II}.

En cuanto a la confusión entre Mazacoyotzin y Tochcoyotzin, la tesis de doctorado de Béliand (1998: 57, 125-136) intenta solucionarla afirmando que se trata de una sola y la misma persona. En unos pasajes explica que Mazacoyotzin fue el gobernador “mexica” impuesto por Moctezuma, mientras que en otros lo presenta como el señor matlatzinca que arrebató el poder —de las manos de los tenochcas— gracias a la intervención de Hernán Cortés. En unos reconoce que fue descendiente de Chimaltecuhtli, en otros parece aceptar por buena moneda los desaires de los testigos de AGN (1597), tratando a Mazacoyotzin como un advenedizo que debía a Cortés incluso el estatus de “principal”. Con excepción de esta última afirmación, nada de esto constituye una contradicción irresoluble, pero a condición de que aceptemos

que algunos señores matlatzincas se habían acomodado con bastante éxito en las más altas esferas de la administración y de la corte tenochcas. En este contexto, cabe recordar que no sólo Moctezuma tenía parientes de peso en el valle de Toluca; también Cuauhtémoc se preciaba de tener muchos parientes en “Matalzingo”, por parte de su madre (Díaz del Castillo 1976: 362). Al ser Cuauhtémoc hijo de Ahuítzotl, hermano de Axayácatl, parece probable que se haya dado algún otro enlace matrimonial tenochca-matlatzinca, distinto al que propone García Castro entre la prima de Cuauhtémoc y Chimaltecuhtli.

Si me detengo en todas estas minucias genealógicas y dinásticas, es porque en ellas descansan las tesis más generales de Béliand: de que los señores de etnia matlatzinca ya no tenían peso político en los albores de la época colonial y de que Cortés les dio la última estocada al retomar las estrategias tenochcas. El resumen francés de su artículo habla incluso de una “stratégie d'éviction” (estrategia de desahucio) por parte de Hernán Cortés. En el fondo, lo que hace Béliand es tratar de inclinar hacia un extremo un énfasis interpretativo de Menegus Bornemann (1994), en contra del énfasis opuesto del libro de García Castro. Este último anota su diferendo con Menegus en este punto en una discreta nota al pie de página (García 1999: 114, nota 88), siendo que todo su libro presenta el decaimiento de los señores matlatzincas como menos drástico y argumenta que, lejos de desterrarlos, las administraciones marquesanas les dieron la oportunidad de un resurgimiento y una venganza histórica. Por lo tanto, he aquí un debate interesante que Béliand esquiva o pretende dar por resuelto, sin mencionar siquiera —aunque fuera en tono crítico— los argumentos de la otra parte.

Lo que está en juego son problemáticas mucho más amplias, algunas de ellas de índole comparativa, relativas a las ambiciones y estrategias “imperiales” de los señoríos mesoamericanos y las del imperio español. Me limito aquí a un ejemplo: Tollocan fue una provincia tributaria externa¹³ del imperio tenochca, de la cual disponemos de un importante cúmulo de datos históricos y —lo que es menos usual— de datos arqueológicos. Se abre por lo tanto una rara oportunidad de valorar a través de múltiples pruebas el impacto que tuvo la Triple Alianza sobre los nobles y los plebeyos provinciales. Se trata de un caso un tanto excepcional en cuanto al traslado permanente de un número importante de administradores y colonos desde las provincias internas del imperio. Puesto que fue, al parecer, en el valle de Toluca donde el imperio estrenó

¹² Compárese Béliand (2016: 46, notas 37 y 38) con García Castro (1999: 115). En teoría podríamos admitir la posibilidad de una segunda quema de las trojes de Cacalomacan cerca de 1551, como efectivamente se desprendería de una lectura literal de dos testimonios del AGN (1597). A tanta distancia de la caída de Tenochtitlan el acto carecería, sin embargo, de la misma fuerza simbólica. Me inclino a pensar que a los ancianos del AGN (1597), quienes testifican en 1597, les falla la cuenta de los años. El testigo Diego Jacobo confunde de hecho a Tochcoyotzin con Mazacoyotzin.

¹³ Las distinciones entre provincias tributarias y estratégicas, internas y externas, proceden del libro de Berdan *et al.* (1996). La de Tollocan tiene todos los rasgos de una provincia tributaria y los autores del libro la describen como tal. Es también, sin duda, una provincia externa, aunque su proximidad a la capital imperial le confería algunos rasgos de las provincias internas. Smith, uno de los principales autores de aquel libro, hoy prefiere hablar de estados clientelares (*client states*) en vez de provincias estratégicas y admite que el libro omitió intencionalmente la discusión de ciertas complejidades estructurales del imperio desentrañadas por Carrasco (1996) (Smith 2015: 80, 82).

esta estrategia particular, podemos observar aquí sus alcances y limitaciones de manera más fructífera que en las provincias sojuzgadas a unos cuantos años de la llegada de los españoles. Sin embargo, cualquier intento de reconstruir esa colonización y sus efectos en la extracción de rentas nos llevará a preguntar dónde y en qué número residían la élite y el vulgo, oriundos y advenedizos, y hasta dónde se codeaban unos con otros. Es aquí donde parecen contradecirse dos afirmaciones de Béliand: una, en el sentido de que la nobleza matlatzinca fue marginada del poder político; la otra, de que los invasores disponían de escasa burocracia. ¿Quién se encargaba entonces de administrar el *altepetl*? Esta pregunta nos recordará, tarde o temprano, que “el diablo está en los detalles”, en este caso relacionados con los nombres e identidades de diferentes personajes, grupos étnicos, o subdivisiones del *altepetl*.

Patrones de asentamiento históricos y arqueológicos

Son muchas las reconstrucciones de los patrones de asentamiento en la serranía de los Chimal basadas en fuentes escritas, por lo que considero superfluo repetir aquí las conocidas enumeraciones de pueblos o barrios (Hernández 2009, 1997; Wood 1984; Béliand 1998, 2006; García 1999, 2000, 2001; Hernández y Martínez 2011; Jarquín 2011a; Tomaszewski y Smith 2011; Iracheta 2015). Aprovecho la oportunidad, sin embargo, para presentar un conjunto nuevo de esquemas gráficos que resumen mi visión actual de los patrones más generales y los cambios que sufrieron entre los siglos xv y xvii (figuras 3 y 7 y cuadro 3). Todas estas reconstrucciones, incluida la mía, descansan en dos supuestos fundamentales. El primero, es que los barrios y pueblos de los documentos de la Colonia temprana fueron en buena medida descendientes de los *calpolli* prehispánicos, es decir, de las subdivisiones territoriales del *altepetl* durante la época de dominación tenochca. Varios mesoamericanistas han discutido hasta qué punto es válido igualar unos con otros (véase la extensa literatura que reseñan Smith y Novic 2012 y Smith y Hicks 2016: 426-427). El segundo supuesto es que los pleitos fisco-marquesanos registran de manera fidedigna el reparto, atribuido a Axayácatl,¹⁴ de las rentas procedentes de diferentes *calpolli* (o entidades territoriales de tamaño parecido). Si un barrio o pueblo es nombrado como objeto de ese reparto, podemos suponer que se trata

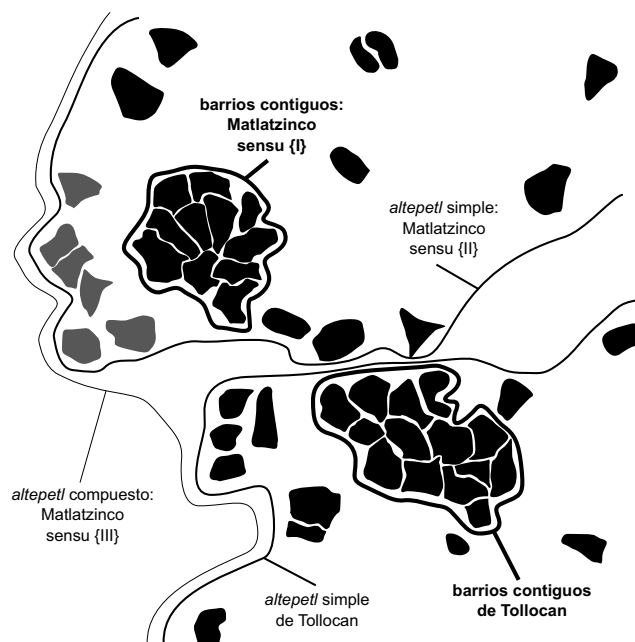


Figura 3. Esquema hipotético del *altepetl* de Matlatzinco independiente ca. 1470. Modelo bipartita. En un modelo tripartita se separarían los barrios en gris en un *altepetl* simple de Tecaxic (para el proceso de elaboración véase el cuadro 3).

de un *calpolli* no sólo precortesiano, sino también pretenochca.

Aun si sigo los pasos de mis antecesores al utilizar la información relativa al reparto de Axayácatl para hablar de patrones de asentamiento, estoy convencido de que ésta presenta una visión muy incompleta de las relaciones de poder en la provincia tributaria de Tollocan. La historiografía de las últimas décadas ha refutado un poco la noción de los estados expansionistas del Posclásico mesoamericano como carentes de burocracia y —a causa de sus deficiencias administrativas— capaces únicamente de imponer exacciones indirectas e irregulares a sus súbditos y vecinos conquistados. Los trabajos de Carrasco (1996) y Smith (2015), en particular, documentan la existencia de una fiscalidad compleja y del personal capaz de mantener su control contable en territorios extensos. Me parece que, en la clasificación de este último (Smith 2015: cuadro 3.1), muchos de los pagos a los que hacen alusión los testigos de los pleitos fisco-marquesanos al hablar del reparto de Axayácatl, son los del impuesto I-3, es decir pagos a *altepetl* expansionistas de la cuenca de México que seguían manteniendo estructuras fiscales paralelas a las del imperio en su conjunto. Otros serían pagos del impuesto I-1, propio de la Triple Alianza.¹⁵ Es

¹⁴ En realidad, el dominio tenochca se consolidó en el valle de Toluca hasta 1480, de tal manera que el reparto efectivo casi seguramente se llevó a cabo después de la muerte de Axayácatl. En el imaginario y vocabulario de los testigos del valle de Toluca de finales del siglo xvi figuran de manera prominente tanto Axayácatl como Moctezuma; en cambio, han sido borrados casi por completo los reinados intermedios más breves de Tizoc (1481-1487) y Ahuítzotl (1487-1502), lo que nos ofrece una prueba más de lo selectivo de la memoria oral.

¹⁵ El I-1 es el impuesto al que se refieren la *Matrícula de Tributos* y el *Códice Mendocino*. Los pagos a Azcapotzalco, Tlacopan y Texcoco mencionados en los pleitos fisco-marquesanos serían los del impuesto I-3. Dejo para otro trabajo la difícil tarea de discutir cuándo las referencias a Tenochtitlan y a las tierras o las trojes de Axayácatl, Ahuítzotl o Moctezuma se refieren al impuesto I-1, I-3, o a los mayorazgos de ciertos gobernantes tenochcas que García

muy probable que en una tercera estructura paralela, se hayan mantenido los impuestos anteriores del *altepetl* de Matlatzinco-Tollocan, sobre todo las rentas de la tierra que los nobles matlatzincas cobraban a los macehuales en sus *calpollis*; Smith describe este impuesto (el C-1) como el fundamental y generalizado. Éste seguiría siendo la base de la riqueza y del poder de una nobleza provinciana como la matlatzinca, aun bajo tutela imperial. La recaudación de las rentas de la tierra seguía quizá estructuras territoriales anteriores a la conquista imperial. En otras palabras, aún en 1520, ciertos flujos tributarios seguirían el esquema de la figura 3 y no el de la figura 5. Documentarlos, sin embargo, es mucho más difícil, porque los oficiales de la Corona española se concentraban en reunir información acerca de los impuestos del nivel imperial (los de la serie I), sobre todo en una jurisdicción señorial¹⁶ como la del Marquesado, donde los antiguos impuestos del nivel del *altepetl* (los de la serie C) recaían en parte en los marqueses del valle y en parte en la nobleza indígena sobreviviente; al fisco real resultaría sumamente difícil disputárselos a ambos.

En cuanto a las reconstrucciones de la estructura del *altepetl* de Matlatzinco que ofrece Béliand, creo que uno de sus sesgos radica en otorgar un peso desmedido a AGN (1597), frente a AGN (1548-1582) y AGI (1543-1639); muchos de los testimonios de éstos son por lo menos dos décadas más cercanos a los tiempos prehispánicos. Que los testigos confundan a Mazacoyotzin con Tochcoyotzin (AGN 1597, por ejemplo fs. 36r, 37v, 39v, 41v), o que erróneamente ubiquen a Moquixuih de Tlatelolco entre los participantes de la campaña matlatzinca de Axayácatl (Béliand 2016: 22, 45) sugiere memorias colectivas e individuales cada vez más distorsionadas. Además, hay que filtrar el obvio interés pecuniario que tienen los declarantes al insinuar que Toluca realmente no existía como centro administrativo en tiempos prehispánicos y que la estirpe de Chimaltecuhtli había perdido cualquier legitimidad: en el fondo del pleito se trata de un intento de escabullir un barrio de Toluca de la fiscalidad marquesana (García 1999: 264-272). Quezada (1996 [1972]: 54) señalaba ya este sesgo de AGN (1597).

En realidad, sólo uno de los testigos parece ir tan lejos como sugerir la inexistencia de Toluca como asentamiento (AGN 1597: f. 51r). Los demás sólo afirman que no existió un “cacique de Toluca” (por ejemplo, fs. 45r, 50r) y se explayan acerca del cambio de ubicación del convento franciscano y de la distribución de la población de Toluca. Es en estos pasajes donde reside uno de los aportes significativos de este legajo, ya que confirman que hubo frailes y colonos españoles desde fechas tan tempranas como 1520, muy anteriores a la fundación premeditada de una villa para españoles e indios en 1567. Todavía en

las décadas de 1520 o 1530 se habrá trasladado gente de Matlatzinco {II} a los barrios de la Tollocan prehispánica.¹⁷ Fue desde ese momento cuando el centro de Toluca, definido por la ubicación del convento y el peso mayor de la población, se desplazó desde el cerro Toloche hacia Tlantzinco, uno de los antiguos barrios en la llanura, significativamente el que albergaba el tianguis (AGN 1597: f. 41v).

La mayoría de las fuentes coincide en señalar el carácter de lindero de la cresta de la serranía. En su vertiente sur estarían los asentamientos que me atrevería a llamar el *altepetl* simple de Tollocan. Éstos pasarían a ser el núcleo de las posesiones marquesanas que nunca fue seriamente disputado. La vertiente norte, extendiéndose hasta el río Lerma, conforma en las mismas reconstrucciones el bloque que cayó bajo el dominio directo de Tenochtitlan; éste habría pertenecido al antiguo *altepetl* simple de Matlatzinco. No queda claro si este *altepetl* se extendía hasta el este de Tlaxomulco, en donde hubo una división más compleja de las conquistas —por lo menos en la época colonial— y un entreveramiento étnico más acentuado. Hacia el oeste la mayoría de las fuentes enumera Tecaxic como políticamente subordinado a Matlatzinco. En la misma dirección apuntan las declaraciones de los representantes de Tecaxic y Calixtlahuaca en una vista de ojos de 1603, en la que ambos aseguran que sus pueblos “no parten términos” (Hernández 1997: 49-53).¹⁸ Hay un solo dato disonante, a saber, la noticia de que Tecaxic volvió a ser conquistado durante el reinado de Moctezuma junto con algunos otros pueblos del valle, a raíz de una sublevación en la que, al parecer, no participaron sus vecinos mayores de Tollocan ni Matlatzinco {III} (*Códice Mendocino*: f. 15v, véase Berdan y Anawalt 1997: 36; García 1974: 215). En vista de esta separación ¿podría ser Tecaxic la tercera parcialidad del *altepetl* compuesto de Zorita?

Igual que en el caso de Tollocan, los patrones de asentamiento al norte de la serranía sufrieron transformaciones drásticas entre 1520 y 1630, al grado de que varios testigos de finales del siglo XVI se referían a San Francisco Calixtlahuaca y asentamientos aledaños como si fueran fundaciones nuevas, posteriores a aquel traslado de población hacia Toluca en los años 1520 o 1530 (AGN 1597: fs. 46r-48v). Uno de los documentos coloniales más tempranos que tenemos, un litigio de 1531 que relata los turbulentos años de la década anterior, usa la

Castro (2001: 203) distingue e identifica con la palabra *ypilchan*. Estos últimos no figuran en el esquema de Smith (2015).

¹⁶ Aquí utilizo la palabra “señorial” para referirme a una institución medieval española, en el mismo tenor que García Martínez (1969), no para referirme al señorío como sinónimo de *altepetl*.

¹⁷ García Castro (1999: 161, nota 138) fecha estos acontecimientos hacia 1532, apoyándose en un pasaje de AGN (1548-1582) que los ubica “después de tomada la posesión por el dicho marqués” (Romero 1973: 243). Armado con la cédula que le otorgaba el Marquesado, Cortés regresó de España en 1530, pero la Segunda Audiencia tardó en reconocer algunos de sus derechos (Riley 1973: 40). Sin embargo, si el testigo se refiere a la toma de posesión fáctica acaecida entre 1521 y 1524, el traslado pudo haberse efectuado incluso a finales de los años 1520.

¹⁸ Me parece que en las declaraciones de esta vista de ojos hay una distinción semántica entre “lindar” y “partir términos”. La primera expresión marca únicamente una proximidad geográfica, la segunda, implica la existencia de una división política.

expresión “Toluca con Calixtlahuaca y otra estancia sus sujetos” recordando de manera curiosa la división tripartita de Zorita (Zavala 1999: 73). Si hablo de años turbulentos, es porque tanto este documento como algunas otras menciones sugieren un periodo mal documentado en el que los españoles “se despachaban con la cuchara grande” aprovechando la ausencia de cualquier freno por parte de la Corona o la Iglesia (García 1999: 215-7; 2000: 15-7). Se habla de indios herrados en la cara, marchados a las minas, y de la huida de otros frente a estas exacciones. Si agregamos los probables efectos de la primera oleada de epidemias, coetánea con el sitio de Tenochtitlan, y del cocoliztli de 1545 (su memoria persistía noventa años más tarde: AGN 1635: fs. 64r, 72r) podemos sospechar profundos cambios en el patrón de asentamiento antes de los mediados del siglo.

El mismo nombre de Calixtlahuaca (llanura de casas) apunta sutilmente hacia un desplazamiento del peso mayor de la población hacia las planicies. El uso temprano del topónimo (en el pleito de 1531 y en las crónicas y anales inspirados en antecedentes prehispánicos) deja abierta la posibilidad de que el desplazamiento se diera desde la conquista tenochca. Por otra parte, es bien conocido que este tipo de cambios en el patrón de asentamiento ocurrió en casi toda la Nueva España a lo largo del siglo XVI, culminando en el programa de congregaciones de la primera década del siglo XVII (Cline 1949; Gerhard 1977; Wood 1984: 24-64; Quezada 1990; García 1999: 154-68, 276-83, 435-45; Ramírez y Fernández 2006; Jarquín Ortega 2011b). A pesar de haber perdido población a causa del traslado de la década de 1520 y a pesar del enorme impacto de las epidemias, Calixtlahuaca mereció ser designado un centro de congregación.

Hasta aquí los datos históricos. La investigación arqueológica en la serranía se ha reanudado en la última década, con proyectos de ambos lados de la cresta. El Proyecto Arqueológico Calixtlahuaca, dirigido por Michael Smith, llevó a cabo recorridos de superficie sistemáticos y excavaciones en el cerro Tenismo y sus alrededores, mientras que el Proyecto Arqueológico de cerro Toloche, dirigido por Ricardo Jaramillo Luque y Rosa Guadalupe de la Peña Virchez, excavó en el saliente de la serranía más cercano al centro actual de Toluca. Por ende, parece ser un buen momento para volver a comparar los datos históricos y arqueológicos. Sin embargo, antes de hacerlo, me veo en la obligación de tirar un balde de agua fría en las esperanzas de develar grandes misterios con tal ejercicio.

En primer término, me parece que los estudios de los patrones de asentamiento arqueológicos suelen subestimar hasta qué grado quinientos años de procesos erosivos pueden obliterar cualquier evidencia de ocupación humana. Mi experiencia con problemáticas similares de comparación histórico-arqueológica en el estado de Tlaxcala (Borejsza 2014) me sugiere que algunos asentamientos de los siglos XIII-XV han sido literalmente borrados de la faz de la tierra, con todo y pirámides. La segunda advertencia es que, a causa de toda una serie de

factores —sepultamiento por sedimentos y construcciones recientes, roturación agrícola profunda— la visibilidad de vestigios suele ser mucho menor en las planicies que en las laderas. Por lo tanto, los barrios periféricos de Matlatzinc y Tollocan correrán un riesgo mucho mayor de escapar a nuestra atención que los barrios céntricos de los cerros Tenismo y Toloche, no sólo por su tamaño menor, sino también por su ubicación. Cabe recordar que los recorridos de superficie dirigidos por Sugiura (2005b, 2011) habían registrado una importante densidad de sitios arqueológicos de la última época prehispánica en la serranía, rodeada por varios kilómetros cuadrados semi-vacíos en las llanuras.

La tercera limitación tiene que ver con la consabida baja resolución de las cronologías arqueológicas. Un programa intensivo de fechamientos por radiocarbono en Calixtlahuaca ubicó la ocupación fuerte del sitio entre 1130 y 1530 (Huster y Smith 2015). A lo largo de esos cuatro siglos los artefactos usados por sus habitantes variaron poco. La seriación de la cerámica permitió distinguir tres fases: Dongu (1130-1380), Ninupi (1380-1450) y Yata (1450-1530). La última y más corta fase corresponde aproximadamente al lapso contenido entre las conquistas tenochca y española, aunque incluye dos o tres décadas antes de la primera y una después de la segunda. Hay que explicar, sin embargo, que la seriación es un procedimiento estadístico que supone trabajar con grandes conjuntos de tepalcates que se hayan desechado más o menos al mismo tiempo y que estén en un relativamente buen estado de conservación. Lo que encontramos en la superficie (Smith *et al.* 2009) por lo general no cumple con estos criterios, por lo que estas distinciones cronológicas sólo serán posibles para algunos de los conjuntos procedentes de la excavación (Smith *et al.* 2013). Aun con el presupuesto más generoso, la excavación se podrá practicar sólo en una fracción minúscula de la superficie de los antiguos asentamientos.

La extensión del sitio arqueológico de Calixtlahuaca, previamente estimada en 120 ha, ha sido revisada a la alza gracias a los recorridos recientes hasta abarcar un total de 264 ha. Smith (2003; 2008: 115-9) y Sergheraert (2009: 309-10) han refutado también la interpretación que García Payón (1979: 202-3, 311-5, 323-5) dio a la Estructura 17 como un *calmecac* (una escuela para los hijos de la nobleza), demostrando que su planta correspondía a la de un típico recinto palaciego del periodo posclásico. No hay otro sitio contemporáneo en todo el valle de Toluca que tenga una extensión o una concentración de arquitectura monumental comparable, de tal manera que podría señalarse como la capital del *altepetl* de Matlatzinc {III}, aun en ausencia de cualquiera de los testimonios de los pleitos fisco-marquesanos. El sitio arqueológico abarca una mancha casi continua entre los actuales pueblos de San Francisco Calixtlahuaca y San Marcos Yachihualtepec, siendo el último el descendiente del Tepeitic de las fuentes de la Colonia temprana. La concentración de artefactos en superficie decae a densidades insignificantes en las direcciones oeste, norte

y este, hacia los pueblos de Tecaxic, Tlahuilhilpan y Tlaxomulco, respectivamente. Tecaxic y Tlaxomulco existen hasta hoy día, mientras que Tlahuilhilpan quedó desierto entre 1603 y 1631 (cuadro 2). Integrantes del Proyecto Arqueológico Calixtlahuaca han realizado visitas pero no recorridos sistemáticos en lugares cercanos a estos tres pueblos o barrios aislados. La información arqueológica disponible hasta el día de hoy muestra por lo tanto un solo asentamiento grande del lado norte de la serranía. Su traza interna es muy difícil de reconstruir con base en las observaciones de superficie, a causa de las modificaciones que sufrió la ladera por violentos procesos erosivos en los siglos XVII y XVIII, así como por su recolonización agrícola a partir del siglo XIX. Por lo pronto, no percibo nada que permita distinguir barrios contiguos dentro de la mancha de 264 ha.

Otros integrantes del proyecto emprendieron una revisión de todo el *corpus* escultórico del sitio, logrando identificar un estilo matlatzinca {IX}¹⁹ propio, que se diferencia de representaciones contemporáneas de la cuenca de México, al igual que de las del llamado Estilo Imperial (Umberger y Hernández 2017). Entre otras peculiaridades, se repiten las representaciones de un ave—quizá un guajolote— que podría ser un emblema del *altepetl*. Sea correcta o no la lectura del emblema, es a este nivel iconográfico, más que el de las vajillas cerámicas, que parece fructífero buscar signos distintivos de lo matlatzinca.

¿Qué puede decir la arqueología acerca de los cambios sucedidos con las conquistas tenochca y española? Una renovada mirada a la arquitectura monumental del sitio (Sergheeraert 2009: 305-14) parece confirmar la presencia de un nuevo estilo—posiblemente introducido por los tenochcas— en las últimas etapas constructivas, como ya lo apuntaban García Payón (1979: 308-9, 328-9) y Marquina (1951: 223-35). Hay también sutiles cambios en el repertorio de objetos de uso doméstico entre las fases Ninupi y Yata (Huster 2016). En vista de la imposibilidad de distinguir estas dos fases en las colecciones de superficie, resulta difícil un juicio contundente acerca de la contracción o expansión del asentamiento. El número de casas descubiertas de las tres fases es más o menos proporcional a la duración de cada una de ellas, pero la muestra es pequeña, con tan sólo dos casas construidas durante la fase Yata y dos que habían sido construidas con anterioridad pero seguían en uso. Todavía en la fase Yata se seguían construyendo terrazas en la parte más alta de la ladera (Borejsza *et al.* 2015: 49-53), así que, por lo pronto, no hay nada que permita hablar de una contracción a raíz de la conquista tenochca. A pesar de lo que puedan sugerir algunas lecturas de las fuentes es-

critas, los hallazgos arqueológicos no parecen reflejar una huida masiva de la población, ni la conversión del asentamiento en una reducida guarnición militar tenochca. En cambio, tanto la distribución de los fechamientos con radiocarbón como la exigüidad de artefactos que indiquen algún tipo de contacto con los españoles, confirman una salida masiva de población en los primeros años del periodo colonial, muy anterior a la fundación oficial de la villa de Toluca en 1567.

Los vestigios posclásicos en el cerro Toloche abarcan un área mucho más reducida que los de Calixtlahuaca. Sin embargo, a mi juicio esto no debe tomarse como una indicación de un rango marcadamente menor o una subordinación permanente de este asentamiento frente a Matlatzinco-Calixtlahuaca. La cabecera y los barrios de la Tollocan prehispánica probablemente abarcaban las faldas de cerros cercanos y la llanura contigua, pero los procesos erosivos y sobre todo el crecimiento de la mancha urbana de Toluca dañaron la vertiente sur de la serranía mucho antes y de manera más severa que la vertiente norte. Hallazgos fortuitos en los alrededores parecen confirmar la suposición de una extensión mayor. Varias estructuras públicas de tamaño considerable, descubiertas en las últimas exploraciones, así como la riqueza de las ofrendas asociadas sugieren que se trata de un recinto digno del núcleo de un *altepetl* importante.²⁰ Quizá haya algo de verdad en las corazonadas de García Payón (1974: 68), quien veía similitudes entre la arquitectura de Calixtlahuaca que había excavado y el templo del Toloche que pretendía excavar a la postre.

Matlatzinco y otros *altepetl* compuestos

Es bien sabido que los datos históricos y arqueológicos suelen ser poco compatibles. Smith (1992) aconseja aplazar la tarea de integrar unos con otros, hasta contar con dos sólidos conjuntos de datos independientes. Si no he podido resistir la tentación—muy grande en el contexto parcialmente etno o protohistórico en el se mueve este artículo— es porque estoy convencido de que las incompatibilidades serán difíciles de subsanar en el futuro previsible. Las figuras 2 a 7 destacan, de manera notable, cómo y por qué para las dos mitades del mismo *altepetl* compuesto de Matlatzinco-Tollocan disponemos de datos radicalmente distintos. Para la mitad noroeste, es decir el *altepetl* simple de Matlatzinco, tenemos un conjunto importante de datos arqueológicos, pero ignoramos casi por completo el número, los nombres y la composición étnica de los *calpolli* que lo integraban. Si no llegó a nosotros esta información, es porque el asentamiento en las faldas del Tenismo fue des poblado por epidemias y un intento de congregación a menos

¹⁹ Aquí aparece una acepción más de la palabra, que tiene que ver con criterios de los análisis de la cultura material por parte de historiadores de arte o arqueólogos. Esta acepción aparece también en el artículo de Béliand (2016: 61), donde se habla de cerámica matlatzinca. Para una apreciación matizada de lo que pueden y no pueden revelar las distribuciones de estos tipos cerámicos, véase Sugiura Yamamoto (2005b).

²⁰ Hasta la fecha, los resultados del Proyecto del cerro Toloche han sido dados a conocer a un público más amplio a través de algunos noticieros y reportes de la prensa mexiquense. Para una apreciación más profunda será necesario esperar su publicación por parte del equipo encargado de las exploraciones.

Cuadro 2. Fuentes y proceso de elaboración de la figura 2

<p>La figura 2 se apoya en varios esfuerzos previos de reconstruir la geografía histórica de los alrededores de la actual ciudad de Toluca y de dar a conocer la cartografía histórica relevante (Correa 1980; Ruiz 1993; Alanís 1995; García 1999; Tomaszewski y Smith 2011; Olivares Sandoval 2013; Iracheta 2015; Béliand 2016). En este cuadro señalo las fuentes de la información geográfica, arqueológica e histórica que utilicé y explico en qué difiere esta figura de las que aparecen en las obras arriba citadas. Me centro en los casos en los que la identificación o ubicación de los barrios que propongo difiere de manera sustancial de las de mis antecesores y en los casos que considero problemáticos; paso por alto los casos que no parecen estar en disputa.</p>
<p>Información geográfica. El trazado de las calles de la zona metropolitana de Toluca (líneas grises) y las cotas cada 10 m (líneas café) son de los conjuntos de datos vectoriales E14A37 y E14A38 a escala 1:50,000 en su edición de 2015 (disponible en www.beta.inegi.org.mx). He utilizado también <i>Google Earth</i>, que en cuanto al trazado de las calles y la toponimia actual contiene menos errores que los mapas del INEGI.</p>
<p>Información arqueológica. La mancha roja que marca la extensión del sitio arqueológico de Matlatzincó abarca 299 ha. En 264 ha la densidad de cerámica posclásica rebasa un valor aproximado de 0.4 tepalcates por metro cuadrado. En las 35 ha restantes la densidad de tepalcates se mantiene por debajo de este umbral, pero al tratarse de áreas expuestas a fuertes procesos erosivos en medio de áreas con densidades altas, se incluyen dentro de los límites del sitio. Los recorridos de superficie sistemáticos abarcaron 530 ha en total. Para más detalles véase Smith et al. (2009) y Novic (2015: 39-59).</p>
<p>Información histórica. He tratado de uniformar la grafía de los topónimos nahuas, sumamente variable en las fuentes del periodo 1522-1636. Los únicos topónimos matlatzincos son Pintanbati y (quizá) Nanbitao. En las fuentes los topónimos indígenas muchas veces aparecen acompañados de una advocación religiosa o sustituidos por ésta. Para un barrio con advocación de Santa María Nativitas no he podido localizar un topónimo indígena. Las publicaciones arriba citadas establecen las correspondencias entre los topónimos nahuas y las advocaciones religiosas. Véanse en particular García Castro (1999, cuadros 2 y 5), Iracheta Cenecorta (2015, apéndice 2) y Béliand (2016, cuadro 1).</p> <p>Traté de colocar los puntos referentes a los “barrios” cerca de lo que hubiera sido su centro en el siglo XVI, guiándome muchas veces por la ubicación de una iglesia católica con la advocación correspondiente. Para la identificación y ubicación de los barrios me apoyé sobre todo en el mismo conjunto de pleitos fisco-marquesanos que mis antecesores, pero, a comparación de ellos, otorgo un mayor peso a dos documentos. El primero es la “vista de ojos” de 1603 (Hernández 1997) que contiene múltiples referencias a la topografía de los lugares recorridos y distancias entre ellos. He verificado algunas de las triangulaciones hechas por el “medidor” Juan de Peraleda; sus triángulos cierran de manera notable, lo que me hace pensar que las distancias que proporciona son bastante exactas. El problema de algunas reside en la costumbre de medir a partir de las “últimas casas” y no el centro de cada barrio. El segundo documento es la “declaración de la pintura de la villa de Toluca y sus pueblos y barrios sujetos” (AGN, 1635: fs. 62-73) incluida en los papeles del oidor Villavicencio.</p> <p>Los casos problemáticos son los siguientes:</p> <p>Tollotzin y Tlantzincó. Las investigaciones arqueológicas recientes me hacen pensar que Tollotzin fue el <i>calpollí</i> de la Tolloca prehispánica que albergaba el núcleo más importante de arquitectura pública monumental. No conozco un documento que se refiera de manera explícita al Tollotzin como un <i>calpollí</i> o barrio, pero la “declaración de la pintura” lo señala como un lugar privilegiado y epónimo del asentamiento más amplio: “çerrillo que esta encorbado hacia abajo que llaman <i>tolotzin</i> que esta en la dha pintura con una corona del qual dho nombre de <i>tolotzin</i> se deriba el de toluca” (f. 64r). Fue allí que se construyó la ermita de Santa Cruz, el primer recinto religioso de la región, reemplazado a los pocos años por la fundación del convento de San Francisco y el núcleo de la futura villa en el llano a ca. 1 km al sur, en el barrio de Tlantzincó. Si el tianguis prehispánico se ubicaba en este llano (como lo sugiere AGN 1597: f. 41v), me resulta difícil imaginar que éste haya sido un lugar deshabitado. La advocación de Santa Cruz se asocia tanto con el Tollotzin como con Tlantzincó. Fácil de confundir con Santa Cruz Tlantzincó es el barrio de Santa Ana Tlantzincó o Tlancincó, llamado Tlapaltitlan en la “declaración de la pintura”.</p> <p>Aticpac. Este topónimo aparece, a mi juicio, en una ubicación equívoca en algunos de los mapas reconstructivos. La confusión se debe probablemente a la existencia de dos barrios con el nombre de Ati(c)pac. El primero, con advocación de San Miguel, se ubicaba inmediatamente hacia el poniente del centro actual de Toluca. Lo deja claro, entre otros, el recuento de casas de españoles de 1635 (AGN 1615-1636, exp. 8: fs. 50v-59r; 1635, fs. 383r-390r) que indica que fue de los primeros en ser engullidos por el crecimiento de la villa. De acuerdo con los índices de Bribiesca Sumano (2008) un documento del AGNEM (1665) se refiere a una calle que va de San Miguel Aticpac al Calvario, lo que ubica el barrio al norte de ese cerrito. Finalmente, me parece que Lucas de San Miguel, en el cuadro central de su croquis (véase p. ej. Béliand 2016, fig. 2) enumera los barrios en un orden aproximado de poniente a oriente, colocando Aticpac al poniente de Tlantzincó. Este Aticpac compartía la advocación de San Miguel con su barrio Pinahuisco. El segundo Aticpac, con advocación de Santa María Concepción, era un barrio muy lejano (fuera de nuestra figura) a orillas del río Lerma. La “vista de ojos” comprende una visita a este barrio.</p> <p>Cuitlachmictlan. La “declaración de la pintura” lo describe como un barrio de Zocoyotitlan. Ambos compartirían la advocación de San Bernardino. No encuentro información que permita especificar la posición de uno respecto a otro.</p> <p>Tollitic y Oquitic. Se trata de dos barrios distintos. El primero, con advocación de San Buenaventura, se ubica al suroeste, por lo que el croquis de Lucas de San Miguel lo ubica una vez más en el lugar correcto, entre San Mateo Oxtotitlan y San Bernardino (Zocoyocotitlan). La “vista de ojos” comprende una visita a Oquitic, la que permite identificarlo con el actual San Cristóbal Huichochitlan.</p> <p>Tepeitic. Es correcta la identificación de este barrio con el actual San Marcos Yachihuacaltepec. Sin embargo, las mediciones de Juan de Peraleda y referencias al Portezuelo (paso entre montañas) de San Marcos en 1618 (AGN 1618-1636, exp. 3: fs. 391r-401v) sugieren que Tepeitic (¿“dentro de la montaña?”) se ubicaba unos 800 m al sur del actual cerro San Marcos, en uno de los principales pasos que atraviesan la serranía de los Chimal. San Marcos quedó desierto entre 1603 y 1631 (compárese la “vista de ojos” con el listado de casas vacías de 1631 y los resultados de la visita del oidor Villavicencio en 1635-6; AGN 1635, en particular fs. 103r-107v, 119r-349v), para ser refundado antes de 1745 (AGN 1743-1774: f. 28). Es posible que después de ese hiato se haya dado el cambio de nombre de Tepeitic a Yachihuacaltepec y un desplazamiento del centro del asentamiento hacia el norte.</p> <p>Tlahuililpan. San Bartolomé Tlahuililpan quedó desierto en el mismo intervalo que Tepeitic, pero no se recuperó nunca. Parece haber heredado su advocación religiosa a la Hacienda de San Bartolomé, documentada a partir de los años 1640 (AGNEM 1642-1645; 1650).</p> <p>Santa María Nativitas. La “vista de ojos” indica que había dos barrios distintos con esta advocación, ambos visitados el 22 de noviembre. El primero, vuelto a visitar el 28 de noviembre, es Mazatla(n) o Nanbitao, cuyas casas estaban contiguas, hacia el poniente, de las de Amanalco. El segundo Santa María Nativitas, del que desconozco el nombre indígena, estaba a punto de quedar desierto. La “vista de ojos” lo ubica al oriente de un cerro que registra como “Epeatepeque”, que identifico con el actual Calvario. El mismo barrio aparece como des poblado en los papeles de Villavicencio que incluyen un plano que lo ubica con mucha precisión (Olivares Sandoval 2013: 253).</p>

Cuadro 3. *Proceso de elaboración de las figuras 3 a 7*

Las figuras 3 a 7 son esquemas reconstructivos derivados de la figura 2 y las fuentes documentales e historiográficas citadas en el cuadro 2. Se trata de reconstrucciones hipotéticas, cuyo propósito principal es ilustrar el patrón general de asentamiento en tres momentos distintos y los movimientos de población responsables de los cambios. Las reconstrucciones se vuelven menos hipotéticas conforme avanzamos en el tiempo, pero ruego al lector no utilizar ninguna de estas figuras para “leer” información específica acerca de tal o cual barrio. Los límites de los barrios o *calpolli* son ficticios, pero empleo la convención pictórica de “manchas” –en vez de puntos– para comunicar la idea de barrios de diferente forma y tamaño. Para cada uno de ellos habría que imaginarse un conjunto de casas dispersas, separadas por terrenos de cultivo. Igual que en el caso de la figura 2, quedan fuera barrios muy lejanos del *altepetl* de Matlatzinco-Tollocan, sobre todo aquéllos ubicados a orillas del río Lerma hacia el oriente y norte. Del lado suroeste se ubicarían quizá algunos barrios del *altepetl* de Tzinacantepec, los que no he tomado tampoco en consideración.

Figura 3. He agregado a esta figura más barrios de los que contabiliza la figura 2, partiendo del supuesto que durante los años 1470 y 1480 la huida de los matlatzincas hacia Michoacán dejó despoblados algunos barrios cuyos nombres no han llegado a nosotros. Varios sitios arqueológicos con ocupaciones posclásicas registrados en las partes central y poniente de la serranía de los Chimal por los recorridos de Sugiura Yamamoto (2005; 2011) podrían corresponder a tales barrios. He dividido Matlatzinco sensu {I} en barrios de manera igualmente arbitraria. Los números {I}, {II} y {III} se refieren a los diferentes significados del topónimo Matlatzinco que recoge el cuadro 1.

Figura 4. El diferente grosor de las flechas es un intento de expresar diferencias notables en cuanto al número de personas implicadas en un traslado particular; no pretendo, por supuesto, ningún tipo de exactitud ni proporcionalidad numérica. Cuando no indico fechas, es de suponerse que los traslados se dieron de manera más o menos continua a lo largo del periodo ilustrado, aunque con intensidad variable. Las flechas en las orillas se refieren a entradas y salidas a nivel regional. La que apunta hacia abajo, hacia Mictlan (el país de los muertos), se refiere a mortandades extraordinarias debidas a la violencia o brotes epidémicos.

Figura 5. Esta figura muestra el entrelazamiento de barrios con obligaciones tributarias de nivel “imperial”. A ésta se sobreponían, probablemente, obligaciones heredadas aún de la estructura anterior del *altepetl*, así como diferentes identidades étnicas; no se ilustra nada de estos últimos aspectos del patrón de asentamiento. No queda claro hasta qué punto los recién llegados de la cuenca de México formaban *calpolli* nuevos, se integraban a los ya existentes, u ocupaban casas y terrenos abandonados por quienes habían huido hacia Michoacán.

Figura 6. Se emplean las mismas convenciones que en la figura 3. Con “congregación franciscana” me refiero al traslado de población desde la serranía de los Chimal –sobre todo desde Matlatzinco sensu {I}– hacia Tlantzinco. Con “congregación marquesana” me refiero a la segunda etapa de la despeñolación (Wood 1984), simultánea con la fundación “oficial” de la villa de Toluca. Nuestro registro de las congregaciones civiles orquestadas por los virreyes es incompleto. San Francisco Calixtlahuaca y San Pablo Otompan fueron dos centros pequeños de estas congregaciones, recogiendo a algunos sobrevivientes de barrios vecinos.

Figura 7. La creación de haciendas en los alrededores de la serranía de los Chimal fue un poco más tardía que en otras partes del valle de Toluca y, hasta 1610, se dio sobre todo a través de invasiones y compraventas irregulares. Las mercedes, tanto marquesanas como virreinales, despuntaron en las siguientes dos décadas. La figura no pretende contabilizar ni ubicar las haciendas existentes en 1610.

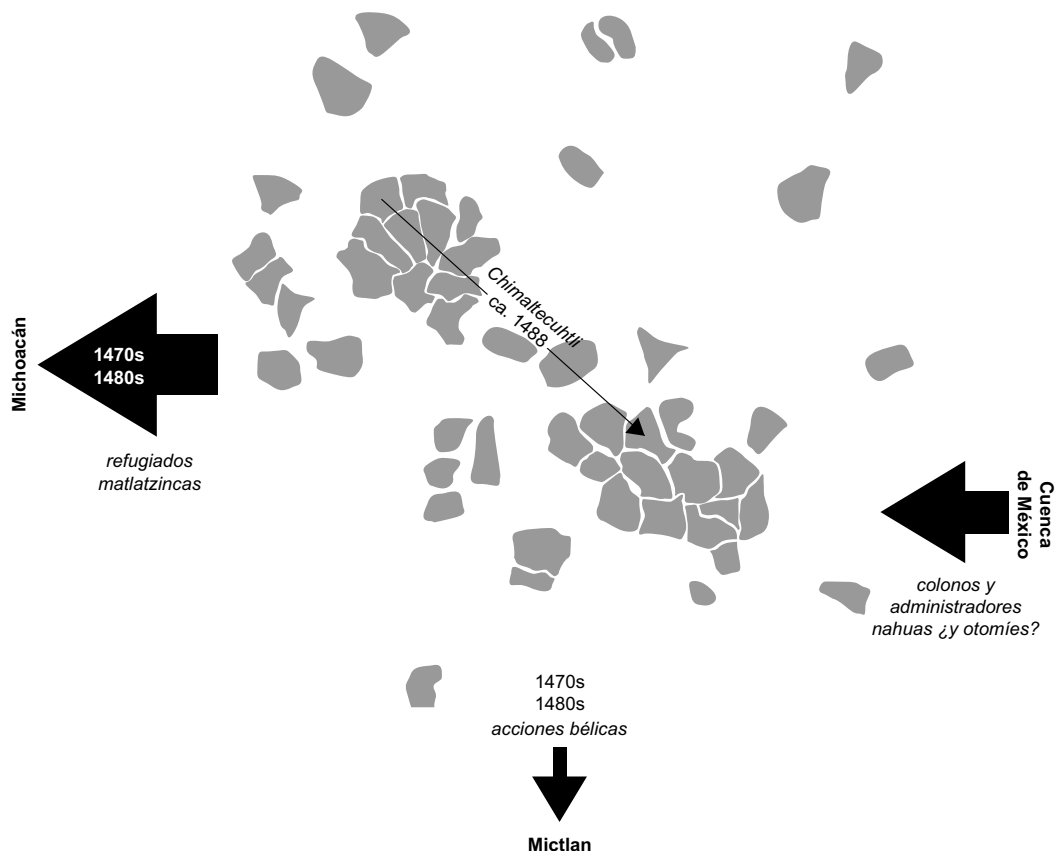


Figura 4. *Movimientos de población en el periodo 1474-1520 (para el proceso de elaboración véase texto en el cuadro 3).*

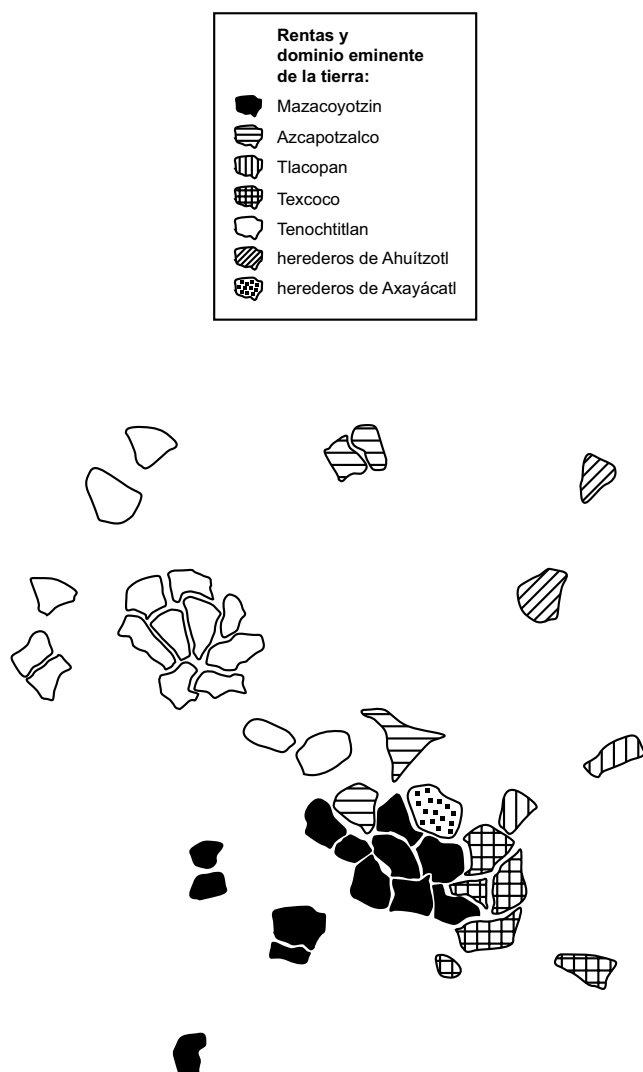


Figura 5. Esquema hipotético del altepetl de Matlatzincó como parte de la provincia tributaria tenochca de Tolloca ca. 1520 (para el proceso de elaboración véase el texto en el cuadro 4).

de 15 años de la llegada de los españoles. Para la mitad sureste, es decir el *altepetl* simple de Tolloca, tenemos un conjunto mucho más rico de datos históricos, gracias a la continuidad entre el asentamiento precortesiano y la villa colonial. El mismo éxito de la última, sin embargo, destruyó o terminó por sepultar bajo una plancha de concreto, casi toda la evidencia arqueológica del primero. Queda aún pendiente la tarea de contrastar con datos históricos los resultados de los recorridos de superficie regionales dirigidos por Yoko Sugiura, cuyo segmento correspondiente al Posclásico tardío aún no se ha publicado con el mismo nivel de detalle que los resultados que conciernen los periodos anteriores (González de la Vara 1999; Sugiura 2005a). Tal ejercicio permitiría apreciar, de manera más clara, la conformación de los asentamientos periféricos más pequeños de Matlatzincó {II} y sopesar la viabilidad de la hipótesis de una tercera parcialidad en Tecaxic. Conforme avancen las investigaciones, nuestra apreciación de los referentes

{II} y {III} del cuadro 1 es la que más podría modificarse, ya que precisamente trata de los dos referentes que se relacionan directamente con la noción de señorío y la distinción entre *altepetl* simple y compuesto.

Mencioné al principio de este artículo la dificultad de delimitar en un mapa las parcialidades de un *altepetl* compuesto. Si no me culpo demasiado por no haber podido concluir aún esta tarea de manera exitosa para el caso de Matlatzincó —reitero que las figuras 3 a 7 son esquemas y no mapas—, es porque otros investigadores se han confesado igualmente perplejos en casos similares. Schroeder (1991: 210) termina por emitir la hipótesis de que los *tlayacatl* de Amecameca eran “geográficamente difusos y amorfos”. Sucede que la región de Chalco es quizá donde las comparaciones entre datos históricos y arqueológicos se han hecho con la metodología más explícita y digna de emular en todo el centro de México (Hodge 1994; 1997). Éstas han asignado los pequeños asentamientos “rurales” descubiertos por los recorridos arqueológicos a diferentes integrantes de la confederación chalca, pero no han logrado divisar su división en *tlayacatl*.

Reyes García (1977) presenta la conformación de la tenencia de la tierra en Cuauhtinchan como una serie de repartos de distintos parajes entre varios gobernantes de los grandes *teccalli* o “cacicazgos”; a continuación el control de las tierras podía pasar de un gobernante a otro. Si la tenencia de la tierra equivalía al control político del territorio (supuesto en sí cuestionable, sobre todo a partir de las conquistas “imperiales”, como lo demuestra el caso de Matlatzincó, entre otros), Cuauhtinchan resultaría otro caso en el que la fragmentación territorial haría difícil demarcar las parcialidades en un mapa y casi imposible su reconocimiento a nivel arqueológico, quizá con excepción de los centros más densamente poblados (las “cabeceras”) de cada una de ellas.²¹ Es bien conocido el marcado entrecruzamiento de las dependencias de diferentes *altepetl* en algunas regiones, tal como lo refleja el conocido mapa de Gibson (1964: figura 2), caso que frustraría cualquier intento de demarcación territorial apoyado únicamente en datos arqueológicos (véase también López 2009: fig. 4).

Sin embargo, hay también casos más alentadores. Hicks (1982; 1984) ha señalado los centros (aunque no los límites) de las parcialidades de Texcoco y discutido su posible relación con diferentes grupos de montículos registrados por Parsons (1971). Cabe destacar que se trata de estudios llevados a cabo después de que la mayor parte de los vestigios arqueológicos había sido ocultada por el crecimiento de la mancha urbana, lo que deja un rayo de esperanza para investigaciones futuras en Toluca.

En algunos *altepetl* compuestos —Matlatzincó, Tlaxcala, Ixmiquilpan— se verifica un patrón en el que las ca-

²¹ Zaragoza Ocaña (1977) se propuso, al parecer, la tarea de comparar uno de los mapas del *altepetl* compuesto de Cuauhtinchan con los resultados de un recorrido arqueológico. Al no haber tenido oportunidad de consultar esta tesis inédita, no sé hasta dónde pudo identificar las siete parcialidades.

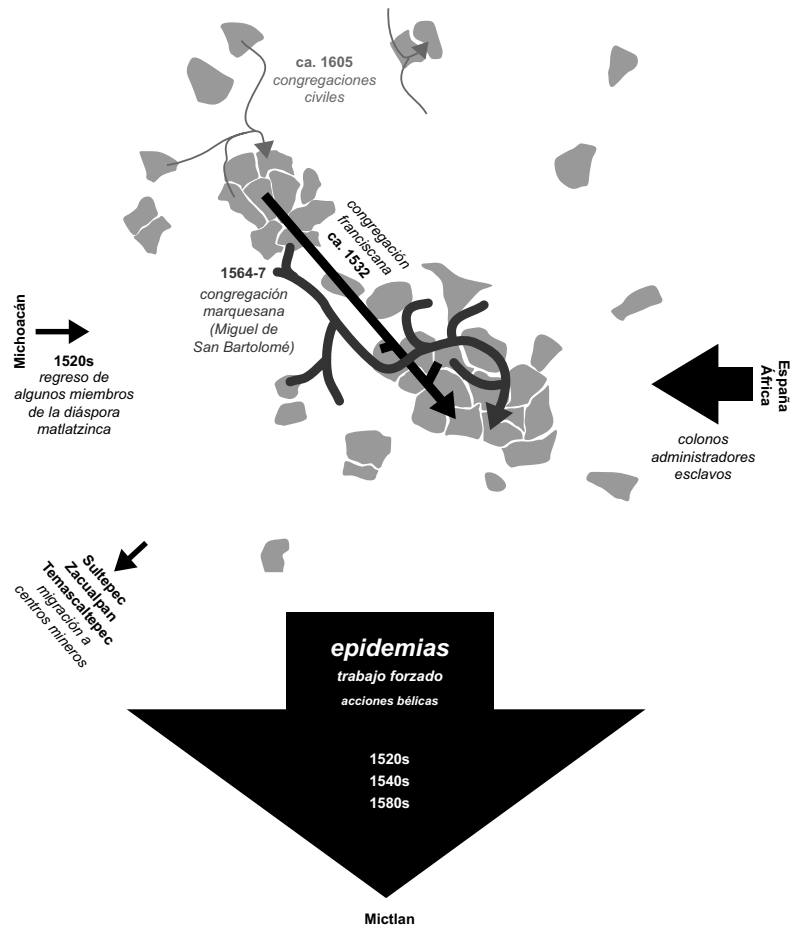


Figura 6. *Movimientos de población en el periodo 1520-1610 (para el proceso de elaboración véase el cuadro 3).*

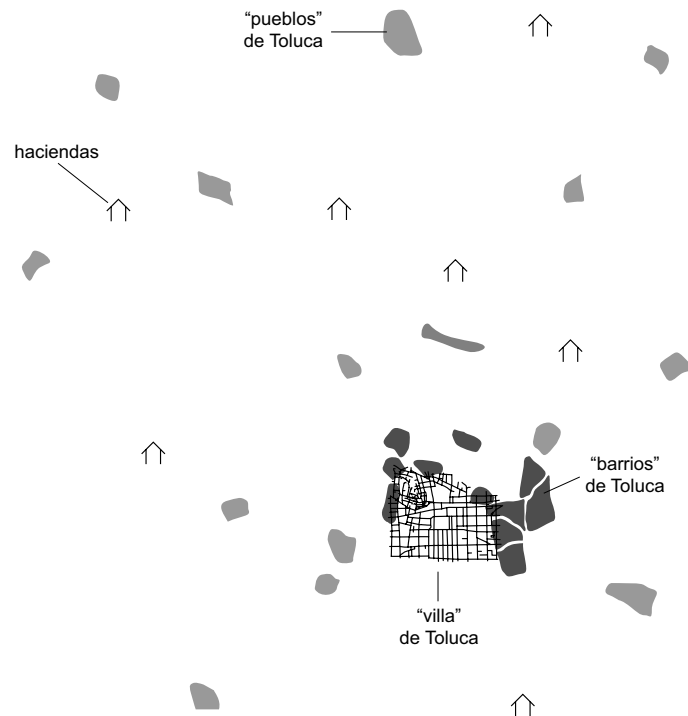


Figura 7. *Esquema hipotético de los alrededores de la villa colonial de Toluca ca. 1610 (para el proceso de elaboración véase el cuadro 3).*

pitales o cabeceras de las parcialidades están casi “adosadas” unas a otras, en vez de estar situadas cada una en un lugar más central de su respectivo territorio. El caso de Tlaxcala me parece particularmente relevante. Se trata de un *altepetl* que, a mediados del siglo XVI, estaba dividido en cuatro parcialidades en supuesta igualdad de condiciones jurídicas y asociadas con diferentes cuadrantes del horizonte. Varias personas han querido ver en este tipo de organización un reflejo no sólo de la organización territorial, sino, incluso, de la cosmovisión prehispánica. Un trabajo de geografía histórica sumamente riguroso (Trautmann 1980, 1981, en particular pp. 60-5) colocó las cuatro cabeceras en niveles muy dispares de la jerarquía de asentamientos, dejando entrever que se trataba de una ficción legitimadora de un arreglo político que poco tenía que ver con las condiciones anteriores a la llegada de los españoles. Investigaciones de archivo posteriores (Martínez 2008) confirmaron estas sospechas. A éstas se sumó, en años recientes, un trabajo arqueológico (Fargher *et al.* 2010; 2011a; b; López *et al.* 2016) que permitió trazar el plano de uno de los asentamientos prehispánicos más extensos del mundo posclásico, distribuido en las faldas de varios cerros contiguos. Sus autores identifican 24 placitas que, posiblemente, marcaban los centros de subdivisiones del *altepetl* del tamaño de un barrio. Queda por averiguar cómo se podían agrupar éstas en parcialidades, quizá buscando apoyo —entre otras fuentes— en la rica toponimia tlaxcalteca. Lo que parece claro es que no existe un empalme obvio ni con el esquema cuatripartita de la historiografía tradicional, ni con las conclusiones de Trautmann y Martínez Baracs en el sentido de que Ocotelulco y Tizatlán eran los *altepetl* dominantes en el momento de la llegada de los españoles. Sin embargo, se manifiesta ya el patrón de un *altepetl* compuesto cuyas capitales, cada una con sus respectivos barrios, se apiñan en las cimas contiguas de una pequeña serranía.

Es éste uno de los múltiples paralelos entre Matlatzinco {III} y Tlaxcallan, en el sentido que otorgan a este último nombre Fargher y sus coautores; no es mi propósito enumerar aquí todos los demás. Lo que me parece digno destacar es que, en ambos casos, el simple ejercicio de croquizar la información histórica y arqueológica en un espacio cartesiano —y no el espacio idealizado de una “pintura” del siglo XVI— permite apreciar la complejidad del patrón de asentamiento y descartar cualquier noción de la colonización de un territorio inspirada en un cosmograma o de las simetrías renacentistas propias de las trazas en damero de los pueblos congregados durante el siglo posterior a la conquista española. Por otro lado, la historia de investigaciones en ambos lugares justifica, me parece, el atrevimiento de cuestionarse mutuamente entre practicantes habituales de disciplinas distintas.

Agradecimientos

Mi interés en todo lo matlatzinca es resultado de mi participación en el Proyecto Arqueológico Calixtlahuaca. Agradezco a Michael Smith y a los demás compañeros del proyecto todos los años de colaboración y discusión. Las apreciaciones expresadas en este artículo son mías y en algunos puntos discrepan de las de Smith. Nadine Béligand ha tenido la gentileza de proporcionarme su transcripción de las preguntas y de las fs. 35v-55r del AGN (1597) y el vínculo a su artículo. Aunque sea de manera poco convencional, espero expresar con esta crítica mi enorme interés en las investigaciones que lleva a cabo. René García Castro ha tenido la gentileza de proporcionarme su transcripción de las 1710 fojas de AGI (1543-1639), de próxima publicación. Le agradezco también haberme sugerido varias pistas de archivo que apenas empiezo a explorar. A Yoko Sugiura debo mi primer acercamiento a la arqueología del valle de Toluca.

Abreviaturas

AGN – Archivo General de la Nación, México
 AGNEM – Archivo General de Notarías del Estado de México, Toluca
 AGI – Archivo General de Indias, Sevilla

Referencias

- AGI. (1543-1639). Documentos inéditos, en Escribanía de Cámara, leg. 161-A, exp. 1.
 AGN. (1548-1582). Documentos inéditos, en Hospital de Jesús, leg. 277, exp. 2.
 AGN. (1618-1636). Documentos inéditos, en Hospital de Jesús, leg. 380, exps. 2-8.
 AGN. (1635). Documentos inéditos, en Hospital de Jesús, leg. 413, exp. 3.
 AGN. (1636). Documentos inéditos, en Hospital de Jesús, vol. 15, exp. 1.
 AGN. (1743-1774). Documentos inéditos, en Tierras, vol. 2476, exp. 1.
 AGN. (1597). Documentos inéditos, en Hospital de Jesús, leg. 70, exp. 4, cuad. 1.
 AGNEM. (1642-1645). Documentos inéditos, en Notaría 1, caja 17, leg. 15, 16 fs.
 AGNEM. (1650). Documentos inéditos, en Notaría 1, caja 29, leg. 12, fs. 72-73v.
 AGNEM. (1665). Documentos inéditos, en Notaría 1, caja 24, leg. 11, fs. 148v-149r.
 Ahrndt, W. (2001). *Edición crítica de la “Relación de la Nueva España” y de la “Breve y sumaria relación” escritas por Alonso de Zorita*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

- Alanís Boyso, J. L. (1995). *Cartografía colonial del Estado de México (siglos XVI-XIX)*. Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Barlow, R. H. (1945). La Crónica X: versiones coloniales de la historia de los mexicas tenochcas. *Revista mexicana de estudios antropológicos*, 3 (1-3), 65-86.
- Basalencque, D. (1975). *Arte y vocabulario de la lengua matlantzinca vuelto a la castellana*. Toluca: Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.
- Baudot, G. (1977). *Utopie et histoire au Mexique: les premiers chroniqueurs de la civilisation mexicaine (1520-1569)*. Toulouse: Privat.
- Béligand, N. (1997). De la forme au contenu. Propriété et parenté indiennes à travers les testaments nahua de la vallée de Toluca à l'époque coloniale. En A. Musset y T. Calvo (eds.), *Des Indes occidentales à l'Amérique latine: à Jean-Pierre Berthe* (pp. 279-308). Fontenay-aux-Roses: ENS Éditions.
- Béligand, N. (1998). Les communautés indiennes de la vallée de Toluca (Mexique): 1480-1810. (Tesis). Paris: École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- Béligand, N. (2016). El señorío matlatzinca, una manera de abordar el altepetl. *Americae*. Disponible en <<http://www.mae.u-paris10.fr/el-senorio-matlatzinca-una-manera-de-abordar-el-altepetl>> [consulta: 5 de diciembre de 2016].
- Berdan, F. F. y Anawalt, P. R. (eds.) (1997). *The Essential Codex Mendoza*. Berkeley: University of California Press.
- Berdan, F. F., Blanton, R. E., Boone, E. H., Hodge, M. G., Smith, M. E. y Umberger, E. (1996). *Aztec Imperial Strategies*. Washington: Dumbarton Oaks.
- Borejsza, A. (2014). Village and field abandonment in post-Conquest Tlaxcala: a geoarchaeological perspective. *Anthropocene*, 3, 9-23.
- Borejsza, A., Rodríguez López, I., y Frederick, C. D. (2015). Informe de los análisis de laboratorio del Proyecto Calixtlahuaca, 2007-2015 (informe inédito). Tempe: Arizona State University.
- Briebesca Sumano, M. E. (ca. 2008). *Catálogo de protocolos de la notaría número 1, Toluca, Estado de México, 1558-1948* (publicación electrónica). Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Carlock, A. (1951). *Chimaltecuhtli, señor de Toluca*. Toluca: s/d.
- Carrasco, P. (1996). *Estructura político-territorial del imperio tenochca. La Triple Alianza de Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Chimalpahin, D. (1965). *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Chimalpahin, D. (1998). *Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Cline, H. F. (1949). Civil congregations of the Indians in New Spain, 1598-1606. *Hispanic American Historical Review*, 29, 349-369.
- Correa, H. (1980). Evolución urbana de Toluca. En A. Sánchez García, J. L. Alanís Boyso y R. García Gutiérrez (eds.), *Siglo y medio. Sumaria toluicense* (pp. 263-280). Toluca: Ayuntamiento de Toluca.
- Cortés, H. (1993). *Cartas de relación*. Madrid: Castalia.
- Díaz del Castillo, B. (1976). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México: Porrúa.
- Durán, D. (1967). *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*. México: Porrúa.
- Fargher, L. F., R. E. Blanton y V. Y. Heredia Espinoza (2010). Egalitarian ideology and political power in prehispanic central Mexico: the case of Tlaxcallan. *Latin American Antiquity*, 21, 227-251.
- Fargher, L. F., R. E. Blanton, V. Y. Heredia Espinoza, J. Millhauser, N. Xiuhtecutili y L. Overholtzer (2011a). Tlaxcallan: the archaeology of an ancient republic in the New World. *Antiquity*, 85, 172-186.
- Fargher, L. F., V. Y. Heredia Espinoza y R. E. Blanton (2011b). Alternative pathways to power in Late Postclassic highland Mesoamerica. *Journal of Anthropological Archaeology*, 30, 306-326.
- Fernández Christlieb, F. y Á. J. García Zambrano (eds.) (2006). *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo XVI*. México: Fondo de Cultura Económica.
- García Castro, R. (1999). *Indios, territorio y poder en la provincia matlatzinca: la negociación del espacio político de los pueblos otomianos, siglos XV-XVII*. Zinacantepec: Colegio Mexiquense.
- García Castro, R. (2000). Pueblos y señoríos otomianos frente a la colonización española. Cambios económicos y sociales en la región de Toluca, siglos XVI y XVII. En G. Y. Zamudio Espinosa y J. M. Aranda Sánchez (eds.), *Valle de Toluca: Sociedad y territorio* (pp. 3-44). Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.
- García Castro, R. (2001). De señoríos a pueblos de indios: la transición en la región otomiana de Toluca (1521-1550). En F. González Hermosillo (ed.), *Gobierno y economía en los pueblos indios del México Central* (pp. 193-211). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- García Castro, R. (2006). David contra Goliath o de cómo la pequeña comunidad de San Mateo Atenco venció jurídicamente al gran Marquesado del Valle en los siglos XVI y XVII. En R. García Castro y M. T. Jarquín Ortega (eds.), *La proeza histórica de un pueblo, San Mateo Atenco en el valle de Toluca, siglos VIII-XIX* (pp. 37-75). Zinacantepec: Colegio Mexiquense.
- García Martínez, B. (1969). *El Marquesado del Valle. Tres siglos de régimen señorial en Nueva España*. México: Colegio de México.

- García Payón, J. (1974). *La zona arqueológica de Texcaxic-Calixtlahuaca y los matlatzincas*. Toluca: Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.
- García Payón, J. (1979). *La zona arqueológica de Texcaxic-Calixtlahuaca y los matlanzincas, etnología y arqueología: textos de la segunda parte*. Toluca: Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.
- Gerhard, P. (1977). Congregaciones de indios en la Nueva España antes de 1570. *Historia mexicana*, 26(3), 347-395.
- Gibson, C. (1964). *The Aztecs under Spanish Rule: a History of the Indians of the Valley of Mexico, 1519-1810*. Stanford: Stanford University Press.
- González de la Vara, F. (1999). *El valle de Toluca hasta la caída de Teotihuacan*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Hernández Rodríguez, R. (1954). *El valle de Toluca: su historia. Época prehispánica y siglo XVI*. (Tesis). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hernández Rodríguez, R. (ed.) (1997). *Toluca 1603, vista de ojos*. Zinacantepec: Colegio Mexiquense.
- Hernández Rodríguez, R. (2009). *El valle de Toluca. Época prehispánica y siglo XVI* (2a edición). Zinacantepec: Colegio Mexiquense.
- Hernández Rodríguez, R. y R. C. Martínez García (eds.) (2011). *Historia general ilustrada del Estado de México*, vol. 2: *Etnohistoria*. Zinacantepec: Colegio Mexiquense.
- Herrejón Peredo, C. (1978). La pugna entre mexicas y tarascos. *Cuadernos de Historia (Toluca)*, 1, 11-47.
- Herrejón Peredo, C. (1985). *Historia general del Estado de México*. Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Hicks, F. (1976). *Mayeque y capuleque* en el sistema de clases del México antiguo. En P. Carrasco y J. Broda (eds.), *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica* (pp. 67-77). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Hicks, F. (1982). Tetzoco in the early 16th century: the state, the city and the *calpolli*. *American Ethnologist*, 9, 230-249.
- Hicks, F. (1984). Rotational labor and urban development in prehispanic Texcoco. En H. R. Harvey y H. J. Prem (eds.), *Explorations in Ethnohistory: Indians of Central Mexico in the Sixteenth Century* (pp. 147-174). Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Hodge, M. G. (1994). Politics composing the Aztec empire's core. En M. G. Hodge y M. E. Smith (eds.), *Economies and Politics in the Aztec Realm* (pp. 43-71). Albany: Institute for Mesoamerican Studies.
- Hodge, M. G. (1997). When is a city-state? Archaeological measures of Aztec city-states and Aztec city-state systems. En D. L. Nichols y T. H. Charlton (eds.), *The Archaeology of City-States: Cross-Cultural Approaches* (pp. 209-228). Washington: Smithsonian Institution Press.
- Huster, A. (2016). The Effects of Aztec Conquest on Provincial Commoner Households at Calixtlahuaca, Mexico. (Tesis). Tempe: Arizona State University.
- Huster, A. C. y Smith, M. E. (2015). A new archaeological chronology for Aztec-period Calixtlahuaca, Mexico. *Latin American Antiquity*, 26, 3-25.
- Iracheta Cenecorta, M. P. (2015). Del *calpulli* prehispánico al barrio colonial. Permanencias y transformaciones en la villa española de Toluca, siglo XVI. En M. Dávalos López y M. P. Iracheta Cenecorta (eds.), *Barrios y periferia: espacios socioculturales, siglos XVI-XXI* (pp. 19-63). Zinacantepec: Colegio Mexiquense.
- Jarquín Ortega, M. T. (ed.) (2011a). *Historia general ilustrada del Estado de México*, vol. 3: *Época virreinal (1519-1750)*. Zinacantepec: Colegio Mexiquense.
- Jarquín Ortega, M. T. (2011b). Las congregaciones. En M. T. Jarquín Ortega (ed.), *Historia general ilustrada del Estado de México*, vol. 3: *Época virreinal (1519-1750)* (pp. 143-181). Zinacantepec: Colegio Mexiquense.
- Lockhart, J. (1992). *The Nahuas after the Conquest: a Social and Cultural History of the Indians of Central Mexico, Sixteenth through Eighteenth Centuries*. Stanford: Stanford University Press.
- López Aguilar, F. (2009). Fundación y colapso. El altépetl de Ixmiquilpan entre los siglos X y XVIII. En J. García Targa y P. Fournier García (eds.), *Arqueología colonial latinoamericana: modelos de estudio* (pp. 17-36). Oxford: Archaeopress.
- López Corral, A., L. F. Fargher y R. Santacruz Cano (2016). La república de Tlaxcallan. *Arqueología mexicana*, 25 (139), 42-53.
- Marquina, I. (1951). *Arquitectura prehispánica*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Martínez Baracs, A. (2008). *Un gobierno de indios: Tlaxcala, 1519-1750*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Menegus Bornemann, M. (1994). *Del señorío indígena a la república de indios. El caso de Toluca, 1500-1600*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Novic, J. (2015). *Neighborhood Socio-Spatial Organization at Calixtlahuaca, Mexico*. (Tesis). Tempe: Arizona State University.
- Olivares Sandoval, O. (2013). *Atlas histórico del Estado de México*. Toluca: Gobierno del Estado de México.
- Parsons, J. R. (1971). *Prehistoric Settlement Patterns in the Texcoco Region, Mexico*. Ann Arbor: University of Michigan.
- Pizzigoni, C. (2007). *Testaments of Toluca*. Stanford: Stanford University Press.
- Pizzigoni, C. (2012). *The Life Within: Local Indigenous Society in Mexico's Toluca Valley, 1650-1800*. Stanford: Stanford University Press.
- Quezada, N. (1990). Congregaciones de indios en el Valle de Toluca y zonas aledañas. En M. Miño

- Grijalva (ed.), *Mundo rural, ciudades y población del Estado de México* (pp. 69-90). Zinacantepec: Colegio Mexiquense.
- Quezada, N. (1996). *Los matlatzincas: época prehispánica y época colonial hasta 1650*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Quezada, N. (1998). Movimientos de población en el área matlatzinca durante la época prehispánica. *Estudios de cultura otopame*, 1, 165-185.
- Ramírez Ruiz, M. y F. Fernández Christlieb (2006). La policía de los indios y la urbanización del *altepetl*. En F. Fernández Christlieb y Á. J. García Zambrano (eds.), *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo XVI* (pp. 114-167). México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes García, L. (1977). *Cuauhtinchan del siglo XII al XVI: formación y desarrollo histórico de un señorío prehispánico*. Wiesbaden: Franz Steiner.
- Reyes García, L. (1980). Documentos de Toluca en la obra de Zorita. *Estudios de cultura náhuatl*, 14, 345-354.
- Riley, G. M. (1973). *Fernando Cortés and the Marquesado in Morelos, 1522-1547*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Romero Quiroz, J. (1963). *Teotenango y Matlatzinco (Calixtlahuaca)*. Toluca: Gobierno del Estado de México.
- Romero Quiroz, J. (1973). *La ciudad de Toluca: su historia*. Toluca: Gobierno del Estado de México.
- Ruiz Naufal, V. M. (1993). *Cartografía histórica del Estado de México*. Toluca: Gobierno del Estado de México.
- Schroeder, S. (1991). *Chimalpahin and the Kingdoms of Chalco*. Tucson: University of Arizona Press.
- Sergheraert, M. (2009). *L'expansion mexica (1430-1520 après J.-C.). La question du contrôle impérial dans les provinces extérieures de l'Empire*. (Tesis). Paris: Université de Paris 1 – Panthéon-Sorbonne.
- Smith, M. E. (1992). Rhythms of change in Postclassic central Mexico: archaeology, ethnohistory, and the Braudelian model. En B. Knapp (ed.), *Archaeology, Annales, and Ethnohistory* (pp. 51-74). Cambridge: Cambridge University Press.
- Smith, M. E. (2003). *Postclassic Urbanism at Calixtlahuaca: Reconstructing the Unpublished Excavations of José García Payón*. Informe presentado a la Foundation for the Advancement of Mesoamerican Research. Disponible en <http://www.famsi.org/reports/01024/index.html> [Consulta mayo de 2018].
- Smith, M. E. (2008). *Aztec City-State Capitals*. Gainesville: University Press of Florida.
- Smith, M. E. (2015). The Aztec empire. En A. Monson y W. Scheidel (eds.), *Fiscal Regimes and the Political Economy of Premodern States* (pp. 71-114). Cambridge: Cambridge University Press.
- Smith, M. E., A. Borejsza, A. Huster, C. D. Frederick, I. Rodríguez López y C. Heath-Smith (2013). Aztec period houses and terraces at Calixtlahuaca: the changing morphology of a Mesoamerican hilltop urban center. *Journal of Field Archaeology*, 38, 227-243.
- Smith, M. E. y Hicks, F. (2016). Inequality and social class in Aztec society. En D. L. Nichols y E. Rodríguez Alegría (eds.), *The Oxford Handbook of the Aztecs* (pp. 423-436). Oxford: Oxford University Press.
- Smith, M. E. y Novic, J. (2012). Neighborhoods and districts in ancient Mesoamerica. En M.-C. Arnauld, L. Manzanilla y M. E. Smith (eds.), *The Neighborhood as a Social and Spatial Unit in Mesoamerican Cities* (pp. 1-26). Tucson: University of Arizona Press.
- Smith, M. E., J. Novic, A. Huster y P. C. Kroefges (2009). Reconocimiento superficial y mapeo en Calixtlahuaca. *Expresión antropológica*, 36, 39-55.
- Sugiura, Y. (2005a). *Y atrás quedó la ciudad de los dioses: historia de los asentamientos en el Valle de Toluca*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sugiura Yamamoto, Y. (2005b). Reacomodo demográfico y conformación multiétnica en el valle de Toluca durante el Posclásico: una propuesta desde la arqueología. En L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México* (pp. 175-202). México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sugiura Yamamoto, Y. (2011). El valle de Toluca después del ocaso del Estado teotihuacano: el Epiclásico y el Posclásico. En Y. Sugiura Yamamoto (ed.), *Historia general ilustrada del Estado de México*, vol. 1: *Geografía y arqueología* (pp. 217-269). Zinacantepec: Colegio Mexiquense.
- Tezozomoc, H. A. (1987). *Crónica mexicana*. México: Porrúa.
- Tomaszewski, B. M. y M. E. Smith (2011). Politics, territory and historical change in Postclassic Matlatzinco (Toluca Valley, central Mexico). *Journal of Historical Geography*, 37, 22-39.
- Trautmann, W. (1980). Catálogo histórico-crítico de los nombres de lugar relativos a Tlaxcala. *Comunicaciones del Proyecto Puebla-Tlaxcala, Suplemento 8*, I-VI, 1-74.
- Trautmann, W. (1981). *Las transformaciones en el paisaje cultural de Tlaxcala durante la época colonial: una contribución a la historia de México bajo especial consideración de aspectos geográfico-económicos y sociales*. Wiesbaden: Franz Steiner.
- Umberger, E. y C. Hernández Faham (2017). Matlatzinco before the Aztecs: José García Payón and the sculptural corpus of Calixtlahuaca. *Ancient Mesoamerica*, 28, 1-19.

- Vázquez Chamorro, G. (1992). Introducción. En A. d. Zorita (ed.), *Relación de los señores de la Nueva España* (pp. 7-39). Madrid: Historia 16.
- Wood, S. (1984). *Corporate Adjustments in Colonial Mexican Indian Towns: Toluca Region, 1550-1810*. (Tesis). Los Angeles: University of California.
- Zamudio Espinosa, G. Y. (2000). *Tierra y sociedad en el valle de Toluca, siglo XVI*. Tesis. México: Universidad Iberoamericana.
- Zaragoza Ocaña, D. (1977). *Procesos de desarrollo en el área de Cuauhtinchan-Tepeaca: constatación arqueológica de algunos rasgos del mapa de la ruta Chicomoztoc-Cuauhtinchan*. Tesis. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Zavala, S. (1999). *Tributos y servicios personales de indios para Hernán Cortés y su familia (extractos de documentos del siglo XVI)*. México: Archivo General de la Nación.

